

el
PROPICIATORIO

RUFINO SANTA ROSA

El Propiciatorio

una novela

RUFINO SANTA ROSA



L A
L E G I Ó N
O C U L T A

El Propiciatorio

© 2026 Rufino Santa Rosa. Todos los derechos reservados.

Primera edición digital revisada por el autor, octubre de 2026.

Publicado bajo el sello editorial **La Legión Oculta** (Colección Archivo Vol. 01).

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales, bajo las sanciones establecidas por las leyes internacionales de derecho de autor y el Convenio de Berna, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Sello Criptográfico de Autoría (SHA-256):

6d252021054e379cb14e58a0025f0e3df96544feeaca72083ba7ef171656c4

48

Parte I

El reino de la arena

Capítulo 1

Los Susurros de Riad

Riad no era una joya. Era una herida abierta bajo el sol.

El calor caía a plomo sobre el concreto y la arena; el aire seco, cargado de polvo, se colaba por cada rendija. El desierto no perdonaba, y la ciudad, a pesar de sus torres de cristal, seguía siendo su esclava.

Las calles hervían. Los motores rugían sin pausa, el humo se mezclaba con el aroma punzante de especias viejas, sudor y carne cocinada al sol. Los vendedores gritaban con voces quebradas entre montones de alfombras desteñidas y frutas casi podridas. No había sombra suficiente. No había agua suficiente. Solo calor, arena y vigilancia.

Entre el caos y la miseria ordenada, se alzaba el palacio Al-Fahd, encerrado tras muros bien custodiados como un secreto sucio. Piedra blanca, mármol importado, cámaras en cada esquina. Adentro, el aire era artificial, sostenido por máquinas y el aroma pesado

del lujo. Afuera, la gente escupía el polvo; en los salones, todo olía a oud.

Los muros, contruidos piedra sobre piedra, podían contener ejércitos, pero eran inútiles contra los rumores. Más escurridizos que el agua, estos se filtraban por cada rendija hasta flotar en cada esquina. El silencio era otro asunto: el sello personal de Omar Al-Fahd, y era precisamente detrás de ese muro —en la privacidad de sus aposentos— donde el emir presidía una reunión de vital importancia con su séquito más cercano.

Las ventanas, cubiertas por celosías de metal labrado, filtraban la luz del mediodía en haces rotos, apenas suficientes para distinguir los rostros curtidos y tensos en la sala. El aire acondicionado escupía su aliento estéril sobre una alfombra persa manchada de tiempo.

En el centro, una mesa baja de madera negra —arañada por décadas de discusiones— sostenía papeles arrugados, mapas manchados de café y ceniza, un viejo teléfono satelital y el lento serpentear del humo de una shisha. El aroma dulzón del tabaco de manzana se mezclaba con el amargor tenue de un té oscuro.

El puño de Rashid se estrelló contra los documentos. El sonido ahogado resonó en la sala.

—¿Una afrenta? —Su voz era un temblor apenas contenido—. Padre, los Al-Saud nos han escupido en la cara. La concesión no era un negocio, era el pacto de nuestros abuelos, el único equilibrio que nos mantenía en paz. Romperlo es una declaración de guerra. Debemos responder con la misma fuerza.

Omar ni siquiera parpadeó. Sus ojos, clavados en el reporte, estaban fijos con la dureza de quien ya ha medido el peso de lo irremediable. La noticia no solo lo perturbaba: lo insultaba en un nivel visceral. Farid, su primo, tan predecible en su inestabilidad, había dinamitado el único puente entre las dos casas.

La concesión petrolera. El pacto de generaciones.

—Ha cruzado una línea —dijo el emir, en voz baja— que no puede quedar sin castigo.

La sentencia cayó sobre el séquito con el peso de una lápida. Su mirada los recorrió uno a uno, no para observar, sino para medir.

Omar negó con la cabeza, un gesto lento, inútil. Se arrastró una mano por el rostro, la piel tirante bajo la presión de sus dedos, y el aire se escapó de sus pulmones en un gruñido ahogado.

—Maldita sea. —Un murmullo áspero, dirigido a un fantasma al otro lado de la ciudad—. Para eso existen los pactos, Farid.

El consejo entero contenía la respiración. La tensión emanaba del emir, y cuando finalmente la rompió, no fue con ira sino con el peso muerto de la necesidad. Un resoplido seco precedió a la sentencia:

—Habrá que eliminarlo.

Las palabras, una vez liberadas, parecieron envenenar el aire. La certeza duró apenas un instante antes de que la carcomiera una duda mayor. Omar bajó la vista.

—¿Y a quién pondremos en su lugar?

El silencio era un pozo donde todos temían caer. Todos, excepto Abdullah.

El veterano consejero se irguió con un lento crujido de huesos viejos. Sus manos, apoyadas sobre la mesa, temblaban levemente —la única prueba de vida en una sala petrificada—. Su voz no fue más que un murmullo, pero golpeó el aire con precisión.

—Mi señor... quizá exista una explicación aceptable antes de acercar la daga. ¿Desea que indagemos primero?

Omar soltó el aliento que no sabía que estaba conteniendo. El músculo de su mandíbula, tenso como una cuerda, finalmente se aflojó. No era una solución, pero sí una pausa. Y a su edad, derramar la sangre de su propia sangre se había vuelto insoportablemente agotador.

Un instante después, algo se quebró en él. Se puso en pie de un solo impulso y golpeó la mesa con ambas manos. El estruendo hizo que el consejo entero se encogiera.

—¡Farid sabía perfectamente que ese tratado no se tocaba!

Rashid no se inmutó. Se plantó frente a su padre y sostuvo su mirada.

—Padre —dijo, la voz afilada—. Lo que hay que hacer, se hace.

La confrontación, tan directa y brutal, no alimentó la ira de Omar. La extinguió. En los ojos apasionados de su hijo vio un espejo: el joven impetuoso que él mismo había sido, dispuesto a quemar el mundo por orgullo. La tensión abandonó sus hombros.

—Necesito tiempo para pensarlo. —Alzó una mano, buscando calma—. Abdullah, necesito un reporte completo y los resultados de los peritajes de inmediato.

Se rascó la barbilla.

—Redoblen la seguridad en la central y aquí en el palacio. Y esperen mis instrucciones.

Abdullah asintió, pero se atrevió a añadir:

—De inmediato, mi señor. Quisiera solicitar una audiencia privada, sobre un asunto que podría ser

relevante. Tendré más certeza una vez que reúna el informe que usted me ha solicitado.

Omar asintió.

—Atenderé unos asuntos con mi hijo en privado. Estamos en contingencia: mantengan los errores al mínimo. Y sobre Farid... quiero una vigilancia tan detallada que hasta su sombra se sienta observada.

Uno a uno, los consejeros presentaron sus respetos y se retiraron. Omar los despidió con la mirada perdida y una mano alzada, distante.

El sonido grave de la enorme puerta de madera al cerrarse fue la confirmación de que, por fin, estaban solos.

Rashid permaneció inmóvil en su sitio, el rostro serio, anticipando el sermón que seguramente vendría.

Omar, de espaldas a la sala, tomó su taza de té negro y se acercó a la ventana.

—¿Alguna vez te he hablado de la familia Al-Tharn?

Rashid, saliendo de su ensimismamiento, respondió:

—No, padre.

—Tenía yo apenas un poco más que tu edad. Mi padre estaba muy enfermo y yo quería demostrarle que estaba listo para tomar el mando. Farid estudiaba en el extranjero; demasiado joven para dar problemas,

aunque no para causar desilusiones. Pero los Al-Tharn eran otra historia. La debilidad de mi padre sembró paranoia en todos. Yo era el más paranoico; nuestra fuerza estaba en entredicho y había demasiada interferencia exterior.

»Los Al-Tharn tenían programada una ceremonia muy importante. Parte de la dote que esperaban de nuestra casa era, precisamente, la concesión petrolera que hoy disputamos con Farid. Mi padre les había prometido que en la ceremonia nupcial se les haría entrega de ella. Pero cuando cayó enfermo, pidió tiempo para retrasar el acuerdo hasta recuperarse. Los Al-Tharn no aceptaron. Celebraron la ceremonia sin él y, poco después, tomaron el control de la petrolera.

»Al principio llegaron diciéndole al personal que la concesión ya era suya, que el emir se las había entregado. Los trabajadores pidieron confirmación. Los Al-Tharn se sintieron ofendidos y mataron al capataz. Echaron a todos a la calle. No podía darle la noticia a mi padre; su salud era frágil. Así que tuve que resolverlo yo.

»Preparé una incursión armada para recuperar el control del complejo, con el respaldo de los Al-Saud. Pero el día del asalto, el heredero de la casa Al-Tharn estaba allí, inspeccionando la instalación. Para colmo de su insolencia, intentaron repeler nuestra fuerza. En

esa inútil defensa, el joven resultó herido... y luego muerto. Los Al-Tharn creyeron que me temblarían las manos. El dolor de la pérdida los cegó. Se replegaron y unieron todas sus fuerzas para marchar sobre Riad.

»No podía soportar siquiera la insinuación de guerra. Con el respaldo de los Al-Saud, aplasté por completo a esa familia. Los borré del mapa. En ellos descargué toda mi ira y toda mi inexperiencia. Fue una masacre que me cambió para siempre, porque no nació de una decisión racional, sino visceral.

»Cuando tuve que rendirle cuentas a mi padre, la noticia lo quebró. Lo vi morir en sus ojos antes de que su corazón se detuviera. —Omar hizo una pausa, y el peso de esa memoria llenó la habitación—. El palacio se sentía como una tumba después de eso, y yo era un fantasma dentro de él. No tenía cabeza para gestionar las operaciones en ese complejo maldito. Los Al-Saud, astutos, se acercaron durante el luto hablando de lealtad y estabilidad. No escuché ni la mitad de sus palabras. Solo quería cerrar ese capítulo. Así que premié su supuesta lealtad con la concesión, casi sin pensar, con una sola condición —dictada desde la niebla del dolor—: debían respetar la zona de crudo especial. Esa franja de tierra, la más rica de todas. Esa siempre sería nuestra.

Rashid escuchaba en silencio, asimilando el peso de cada palabra.

—Hijo, no me pesa haber arrasado con los Al-Tharn. Me pesa el cómo. Mi juicio estaba nublado; no hubo astucia ni meticulosidad, y dejé un desastre de cabos sueltos. Por eso, si es necesario recorrer el mismo camino con los Al-Saud, lo haremos. Pero de la única forma correcta: con la cabeza fría.

Rashid asintió, salió de su estupor y se acercó al ventanal junto a su padre.

—Entiendo. Mente fría, claridad al proceder.

El silencio se instaló entre ellos mientras observaban el pulso febril de la ciudad.

—Míralos —dijo Omar—. Cada uno inmerso en su rutina, suplicando en silencio ser gobernados para poder cumplir con el rol que les fue asignado.

—El mundo es muy diferente ahora, padre. Dime qué debo adoptar de esta modernidad y qué debo sacrificar en nombre de la tradición y el honor.

Omar sonrió.

—Honra a la familia, hijo. Honra los legados, la memoria, la buena música, la buena comida, el buen gusto, el decoro. Mantén todo eso firme en el fondo, y solo entonces permite que la modernidad actualice la forma. Porque he de decirte, hijo mío, que en realidad

las cosas no cambian tanto. Debajo de este sol, ya todo
está visto.

Capítulo 2

Peor que la muerte

Guarida exterior del emir, en el borde de Riad.

La pesada puerta se cerró con un eco metálico, sumergiendo la sala subterránea en un silencio denso. La única luz, blanca y dura, caía desde el techo sobre las paredes de concreto manchado. Farid se paseaba de un lado a otro como un animal enjaulado. Karim, su capitán de confianza, permanecía firme, esperando.

—Informes. Ahora —ordenó Farid sin detenerse.

—Tal como nos indicó, nos hemos replegado al refugio, mi señor. Todas las unidades están en movimiento. —Karim mantuvo el tono neutro—. La ciudad es un hervidero de rumores. El silencio de Omar solo alimenta la incertidumbre. Creen que mostramos debilidad.

—¡El silencio de mi primo es el de una serpiente antes de atacar! —Farid se giró para encarar a su capitán—. Que crean lo que quieran. La debilidad es una máscara útil.

—¿Cuáles son las siguientes órdenes, señor?

—Quiero a todo nuestro personal reagrupado aquí antes del amanecer. Nadie entra, nadie sale. Que cada hombre revise su equipo y se prepare para un enfrentamiento frontal. Se acabaron los pactos y las sombras.

Farid inhaló profundamente, casi saboreando el aire viciado de la habitación.

—Este lugar... el aire siempre huele a verdad. Asegúrate de que tus hombres entiendan que la lealtad absoluta será recompensada. La duda —su mirada recorrió las paredes manchadas— la trataremos aquí abajo.

—No habrá dudas, mi señor —respondió Karim.

—Bien. Déjame solo. Tengo que pensar.

Sentado ante un escritorio improvisado, Farid mandó llamar a su hijo Hassan.

Hassan entró de inmediato. El golpe de temperatura fue brutal; la puerta de metal se cerró tras él con un eco definitivo. Era un manojo de nervios, muerto de miedo, pero dispuesto a enfrentar lo que viniera.

—¿Qué diablos fue lo que sucedió? —disparó su padre.

Hassan hubiera preferido morir en silencio antes que pasar por ese interrogatorio, pero le debía una

respuesta al honor de su padre. Reunió toda su fuerza.

—Padre, yo no quería una guerra. Te lo juro. —Su voz era un hilo tembloroso en el silencio del búnker. Farid no se movía, el rostro una máscara de furia contenida—. Pero Omar nos estaba asfixiando. La reunión con esos extranjeros en su propio territorio era una traición. Tú mismo lo dijiste. Me ordenaste que consiguiera pruebas, que necesitabas saber qué estaba tramando a nuestras espaldas.

Hassan tragó saliva, el recuerdo de la masacre vivo en sus ojos.

—Era una misión de vigilancia, nada más. Un equipo pequeño, los mejores hombres, solo para observar. Íbamos a apostarnos en una duna, grabar la reunión desde lejos y desaparecer sin dejar rastro. El sigilo era el plan, no el combate.

La mirada de Farid no ofrecía consuelo. Solo juicio.

—Pero nos vieron. Una de sus patrullas nos cayó encima mientras montábamos el equipo. Hubo gritos, confusión. Nos apuntaron con sus armas. Alguien disparó. No sé quién fue, padre, ilo juro por mi vida! No sé si fue uno de los nuestros por pánico o uno de los suyos al vernos armados.

El muchacho temblaba visiblemente, reviviendo el caos.

Farid negó con la cabeza. Por un momento ni siquiera se dignó a mirar a su hijo.

—¡Maldita sea, Hassan! —Se giró por fin, avanzando hacia él, cada paso una amenaza—. ¡No era el momento! ¡Ahora no! Fue imprudente. Fue estúpido. Es precisamente por errores como ese que caen los regímenes.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, le cruzó la cara con una bofetada brutal. El sonido fue como un latigazo. Hassan cayó al suelo, el oído pitando, la boca llena del sabor de la sangre.

La furia de Farid se desvaneció tan rápido como había llegado, dejando en su lugar una calma fría. Suspiró, no de cansancio, sino de amarga resignación. Sin volver a mirar al muchacho que yacía en el suelo, dio la instrucción con un tono neutro, casi aburrido, lo que la hizo aún más terrible.

—Levántenlo. Átenlo a la silla.

Hassan, aturdido, apenas entendía lo que pasaba. Cuando recuperó la concentración, ya estaba atado a una silla de metal, el frío de las correas mordiéndole la piel. Su padre estaba de pie frente a él.

—Los errores tienen consecuencias. Se tienen que pagar, para que no se repitan.

Hassan estaba muerto de miedo. Las lágrimas se le escapaban, pero su dignidad lo obligaba a mantener la

cabeza en alto. Ese gesto, lejos de molestar a Farid, lo llenó de orgullo por un instante.

Farid apartó la mirada de su hijo.

—Tráiganlo.

Primero acercaron una silla junto a la de Hassan. Luego arrastraron lo que, hacía unas horas, era un hombre. Ahora apenas era un cuerpo deshecho, sangrante y casi sin vida. Hassan se llenó de terror al reconocer, en medio de la deformidad, el rostro del capitán de su guardia. Un solo ojo, apenas abierto, encontró la mirada de Hassan. Esa imagen no la olvidaría nunca.

Hassan reunió todo el valor que le quedaba.

—¡No! Castíguenme a mí. Yo fui el responsable.

Su padre volvió a cruzarle la cara, ahogando el grito.

—Hoy vas a aprender que hay cosas peores que la muerte.

Le apretó la mandíbula con fuerza y la giró hacia su capitán. Hizo una seña. Un olor nuevo e instintivo inundó la sala. Trajeron tres tigres de Bengala, enormes, los músculos ondeando bajo el pelaje. El retumbar grave de sus gruñidos vibraba en el suelo de concreto. Los encerraron en una jaula pequeña al lado.

Después arrastraron al capitán y lo lanzaron dentro. El hombre se retorció, desesperado, pero fue inútil. Los

tigres se lanzaron sobre él y la sala se llenó de gritos desgarradores, mezclados con el sonido de carne y hueso. Hassan intentó apartar la mirada, pero no pudo. Solo podía mirar, forzado a presenciar cada segundo.

En un acto de falsa piedad, Farid sacó su revólver y puso fin a la agonía. El disparo hizo que los tigres se apartaran un momento; pronto volvieron a lo suyo en silencio.

Farid devolvió la mirada a su hijo y esperó. Quería que la lección, el olor, el sonido, quedaran grabados para siempre. Cuando creyó que ya era suficiente, hizo una seña.

—Llévenselo. Cúrenlo y vigílenlo. Preparen todo; lo sacaré de aquí como sea.

Cuando la puerta se cerró tras Hassan, una inquietud febril se apoderó de Farid. El silencio del búnker ya no era de dominio, sino de desastre inminente.

—Mi señor —dijo Karim con voz mesurada—, los informes indican movimientos inusuales en el palacio Al-Fahd.

—Conozco a Omar. —Farid se frotó el rostro, agotado por la descarga de furia—. Esto no lo va a dejar pasar. Usará la concesión como garrote.

—Si me permite, señor... la rebelión en los suburbios nos ofrece una oportunidad. Podríamos aprovechar el

caos...

La mano de Farid fue un relámpago. Lo agarró por el cuello de la camisa y el clic del revólver al armarse fue el único sonido en la sala. Apoyó el cañón contra la sien del capitán.

—¿Quieres morir? —susurró—. Sugerir eso es firmar nuestra sentencia. Sería una guerra total, una que no podemos ganar. No todavía.

Karim no se inmutó. Conocía bien el teatro de Farid. Alzó las manos despacio y esperó a que la tormenta pasara.

Farid lo soltó. Se restregaba la cara con ambas manos, dando vueltas por el búnker.

—¡Maldita sea!

De pronto su mirada se cruzó con la de uno de sus tigres, que lo observaba desde la jaula. Se quedó quieto. Había algo en esa profundidad que lo detuvo, una calma completamente ajena al caos que lo rodeaba. Y entonces, en medio de todo, una idea lo atravesó. Se detuvo en seco.

—Jengo —dijo, la voz ahora completamente serena—. Póngame en línea con el coronel Jengo.

Se puso en pie con la calma de quien ya no tiene prisa. Mientras uno de sus hombres buscaba el teléfono satelital, encendió un habano; el resplandor anaranjado

danzó un instante en la penumbra. Se sirvió una medida generosa de ron, tomó ambas cosas y salió al exterior, donde el humo podía ascender sin trabas y la señal llegaba sin interferencias.

Un siseo de estática precedió al tono y, finalmente, la conexión. Del otro lado, una voz respondió, más aguardientosa que el ron en el propio vaso de Farid; no un saludo formal, sino la brusca familiaridad de un viejo cómplice.

—Dime, Farid, ¿para qué soy bueno?

Una sonrisa genuina se dibujó en el rostro de Farid.

—Coronel, qué gusto saludarte. Lamento no poder hacerlo en persona. Quería ser el primero en felicitarte por esa victoria con las gemas.

Una carcajada grave y honesta retumbó a través del satélite.

—De ninguna manera, granuja. Las victorias se celebran. ¿Dónde estás? Mando por ti ahora mismo.

Farid dio una larga calada al habano, el humo denso como un ancla momentánea contra la tormenta en su cabeza. Por un instante, el eco de los gritos del capitán amenazó con regresar.

—Va a estar complicado que vaya esta vez, hermano. Tengo un problema entre manos que ya no puedo llamar menor.

Silencio en la línea, corto pero denso. La jovialidad en la voz de Jengo se evaporó, reemplazada por la cautela de un veterano.

—¿Rayos? Entonces los rumores son ciertos. ¿Estás en guerra con tu primo?

—Así es, Coronel. Y es precisamente por eso que te hablo.

La respuesta de Jengo no fue inmediata. Cuando llegó, el tono era grave, el de un hombre que sella un pacto con pleno conocimiento de lo que implica.

—Hermano, mi sangre es tu sangre. Pero escúchame: si estás dispuesto a derramarla, debe ser hasta el final. Una vez que empecemos, no habrá vuelta atrás.

—Quisiera poder descartar esa opción, hermano, pero en este juego ya nada es seguro. —Farid bajó la voz—. Sin embargo, antes de llegar a ese escenario... corre un rumor, viejo zorro. Un rumor sobre cómo lograste apaciguar al Alacrán de Mubangu. Dicen que recibiste cierta ayuda externa.

Un carraspeo, luego una risa corta y seca.

—Je. ¿Un rumor, eh? Anda, cuéntame. ¿Qué más dice ese rumor tuyo?

—Usted sabe que no soy hombre de chismes. Precisamente por eso lo llamo. Porque si esa historia es

cierta, creo que esa misma ayuda es lo único que podría servirme ahora.

—Para que veas que a veces los rumores se quedan cortos. —El tono de Jengo se volvió más serio—. Sí, es más complicado que eso. Tuve la fortuna, o quizás el privilegio, de recibir una oferta. Un servicio muy particular que tuvo todo que ver en la resolución de mi conflicto con Mubangu.

Hizo una pausa, como si midiera el peso de sus siguientes palabras.

—Pero tienes que entenderme, Farid. Esta gente opera en otro nivel, con sus propias reglas, y la primera es inviolable: no hay manera de contactarlos. Ellos te encuentran, nunca al revés. Tu mejor oportunidad es que el ruido de tu guerra ya haya llegado a sus oídos. Si tu problema es lo bastante grande, quizás ya llamaste su atención. De ahí en más, no hay nada que yo pueda hacer.

Un gruñido de frustración escapó de la garganta de Farid.

—Maldita sea —murmuró—. No quedará otra que ir a la guerra, entonces.

Jengo lo meditó. Cuando volvió a hablar, su voz era más baja, más conspiradora.

—Escucha, déjame hacer un par de llamadas. Usaré líneas menos seguras, haré algo de ruido. Quizás pueda

usar mi nombre como carnada para dirigir su atención hacia ti. Pero es todo lo que puedo ofrecerte. No tengo un hilo directo.

Farid miró el horizonte, donde la noche se tragaba los límites del desierto.

—Solo tengo hasta el amanecer, Jengo. Si para entonces no he tenido respuesta, tendré que anticiparme y desatar el infierno sobre mi primo. No habrá más tiempo.

Un último silencio, cargado de todo lo que no se decía.

—Entendido —respondió Jengo—. Quizás sea tiempo suficiente.

La línea quedó muerta, dejando a Farid solo con el eco de una posibilidad remota y la certeza de una guerra inminente.

Capítulo 3

La Señal

Ya entrada la tarde, el sol de Riad teñía de un naranja sangriento los muros del estudio de Omar. El aire acondicionado zumbaba con una monotonía apenas perceptible, un débil adversario contra el calor que irradiaba desde las piedras centenarias del palacio. El emir no observaba el paisaje; su mirada estaba perdida en los mapas extendidos sobre la mesa de caoba. Eran mapas antiguos de un mundo que ya no existía, pero las líneas tribales y las viejas rutas de caravanas seguían siendo, en esencia, las mismas fronteras de su poder.

Y ahora, sobre esas líneas, se cernía la sombra de una guerra.

Farid siempre había sido una espina: impredecible y ambicioso. Pero nunca lo había creído tan estúpido. Y Rashid, su propio hijo, ardía con el fuego de la juventud, pidiendo una respuesta de fuerza que podía consumir todo lo que habían construido. Atrapado entre un necio y un muchacho, Omar se sentía viejo.

Unos nudillos golpearon la enorme puerta del estudio.

—Adelante.

Abdullah entró con el sigilo de una sombra, las ropas blancas inmaculadas contra las oscuras alfombras persas. Se irguió frente al escritorio y, en su rostro curtido, se leía la gravedad de las noticias.

—Señor, hemos terminado el análisis preliminar. La evidencia de las grabaciones y testimonios es concluyente: fue un boicot deliberado por parte de los Al-Saud, orquestado directamente por Hassan.

Omar apretó la mandíbula. La estupidez de un joven era el detonante perfecto para una catástrofe.

—Sin embargo, algo no encaja —continuó Abdullah—. No calza con la cautela que Farid había mantenido hasta ahora. Mi instinto me dice que hay algo que no estamos viendo.

Omar esbozó una sonrisa triste.

—No es tu instinto, viejo amigo. Es que detestas este escenario tanto como yo. Te intentas aferrar a una verdad que ya no existe.

—Ahí no termina el infortunio, señor. El incidente coincide con una huelga en los suburbios que no se pudo sofocar a tiempo. El conato de rebelión tiene

oxígeno. Los chacales huelen la sangre de dos leones a punto de pelear.

—Entonces habrá que actuar. Rápido y con fuerza desmedida —sentenció Omar, asumiendo el rol del patriarca resignado a amputar una parte de su familia para salvar el cuerpo.

Abdullah esperó a que el eco de la sentencia se apagara. Luego, dio un paso medido hacia adelante.

—Señor... si me lo permite. ¿Y si pudiéramos indagar directamente con Farid qué sucedió en la reserva?

La pregunta era tan audaz que Omar tardó un segundo en procesarla.

—No entiendo siquiera la sugerencia, Abdullah. ¿Diplomacia? ¿Ahora? Que Farid se haya replegado solo puede significar que está listo para la guerra.

La mirada de Abdullah no flaqueó. Permaneció firme, un contrapeso a la tormenta que se gestaba en el emir.

—Han surgido nuevos factores, mi señor. Conciernen al conflicto en Angola, entre el coronel Jengo y Mubangu.

Omar asintió, su impaciencia palpable.

—Lo tengo presente. Dos perros rabiosos. Ve al punto.

—Terminó, señor —la voz de Abdullah bajó a un susurro—. No con una victoria, sino con un acuerdo. Un imposible. Nadie comprende cómo dos hienas como esas pudieron sentarse a la misma mesa. Pero creo que tenemos la respuesta a ese enigma.

Abdullah acortó la distancia con el escritorio. El aire entre ellos se cargó de confidencialidad.

—Se habla de una orquestación, una mano invisible ajena al conflicto. Una organización que se especializa precisamente en eso: hacer posible lo imposible. Lo que une todas las piezas, señor, es que nuestra inteligencia confirma que esa misma gente... ha establecido contacto con Farid.

La revelación fue suficiente para que las piezas encajaran en la mente de Omar. Se inclinó sobre su escritorio.

—¿Y cómo, exactamente, sabemos esto?

—Porque el propio Coronel se encargó de que lo supiéramos, mi señor. Hace unas horas, hizo llegar un paquete para usted. Venía con esto.

Abdullah extrajo una tarjeta de su túnica y la deslizó sobre la caoba. La caligrafía era un trazo apresurado, casi febril:

*«Quizás valga la pena dialogar, antes de ver arder
Riad». Firma Coronel Jengo.*

El rostro de Omar se endureció. Dejó caer la tarjeta como si quemara.

—Así que el necio de mi primo ya está buscando nuevos perros para su jauría —siseó.

—Entiendo la insolencia del mensaje —dijo Abdullah con calma estudiada—. Pero quizás sea pedir demasiada finura a un hombre como el Coronel. Su intención parece ser evitar una guerra, no elegir un bando. Aun si todos los mercenarios del continente se unieran a Farid, su poder seguiría siendo una sombra frente al suyo.

Pero Omar ya sentía su dignidad empeñada. Un exceso de paciencia era un lujo que solo se permitían los débiles.

—Señor... —cortó Abdullah, tranquilo pero firme—. En el paquete había algo más. No quisimos presentárselo hasta estar seguros de que era inofensivo.

Inteligencia lo apodaba «luz de bengala». Un transmisor pasivo de un solo uso que, al activarse, envía una única señal para enrutar una comunicación directa con quien lo posee.

Abdullah extrajo una pequeña caja naranja mate y la depositó en la palma de Omar.

El emir sintió su peso y la extraña calidez que emanaba. La decepción fue tan afilada como una daga. Esperaba un arma y en su lugar recibía un acertijo.

Presionar ese botón era admitir que no tenía el control. Era invitar a una variable desconocida a su tablero.

Abdullah buscó la mirada de su señor. Su susurro iba cargado con el peso de todo lo que estaba en juego.

—Omar... por Rashid.

Los dedos del emir flotaron sobre el botón negro. Vio en su mente el rostro de su hijo. Vio el rostro de su primo. Finalmente, con la resignación de un hombre que ya no tiene nada que perder, presionó.

Un leve clic sordo respondió. Nada más. El zumbido del aire acondicionado pareció más ruidoso por un instante.

Abdullah revisó el escáner de su brazalete.

—Señal beta liberada... está modulando. Busca una red, pero no una nuestra.

Diez segundos. Veinte. Treinta.

Los dispositivos personales de ambos vibraron al unísono. Un latido eléctrico en la quietud de la sala. En la pantalla de ambos apareció un mensaje, sin remitente, sin encabezado:

El Propiciatorio solicita permiso para contactar. ¿Autoriza el intento de conexión? [Sí] [No]

Omar sostuvo la mirada de Abdullah y, con una lentitud deliberada, presionó «Sí». La pantalla parpadeó y se apagó.

—Está entrando una llamada —dijo Abdullah, en un susurro.

Omar deslizó el dedo para tomarla. La conexión fue instantánea, sin el más mínimo siseo de estática. Del otro lado, una voz femenina, cálida pero con una autoridad implícita, habló:

—Emir Omar, nos complace saludarle.

El saludo era una declaración de poder.

—¿Con quién hablo? —preguntó Omar, su tono el de un rey poco acostumbrado a las sorpresas.

—Somos los anfitriones del Propiciatorio.

Omar se sentía a la deriva. Era un hombre acostumbrado a mover las piezas, no a ser movido por una mano invisible.

—¿Qué es lo que quieren? —su tono fue cortante, intentando anclar la conversación.

La voz no flaqueó. Mantuvo su timbre cálido y una calma imponente.

—Excelentísimo Emir, tenemos una propuesta que nos gustaría discutir con usted en persona. Creemos que será de su máximo interés.

Omar no respondió a la oferta, solo formuló una palabra que, en sus labios, era una orden.

—¿Cuándo?

En ese monosílabo residía la esencia de su poder. La voz, imperturbable, respondió con la misma celeridad.

—Nuestro enviado ya está en posición. Si usted lo autoriza, el encuentro puede concretarse mañana mismo.

«Mañana mismo». La frase disipó la niebla de su frustración. Si algo respetaba Omar más que el poder, era la eficiencia. Aquella gente, fuera quien fuera, parecía entender su lenguaje. Se recargó en su trono, recuperando por un instante la autoridad.

—Que así sea —sentenció.

Apartó el dispositivo de su oído y se lo tendió a Abdullah.

—Coordínalo —ordenó—. Haz que suceda.

«Si no resultan mortales», pensó para sí el emir, «al menos serán útiles».

Capítulo 4

Alfil Blanco

La cita se concretó sin demoras para las ocho de la mañana del día siguiente.

Omar pasó la noche en su oficina, despachando a su séquito para evitar el peso del protocolo. Anhelaba la soledad que le permitiera escuchar sus pensamientos sin interferencias. Reclinado en un diván de piel, repasaba los acontecimientos con los ojos cerrados mientras un té de manzanilla con miel negociaba una tregua entre su vigilia y el agotamiento. Se sentía un extraño dentro de su propia piel, desconcertado por esa nueva lentitud que la edad le cobraba a su antigua ira.

A las ocho menos cuarto, tal como se había acordado, un taxi común se detuvo frente a los muros de mármol del palacio. De él descendió un hombre que se aproximó a la guardia con andar decidido. No ofreció nombre ni explicaciones; solo pronunció la clave de dos palabras:

—Alfil Blanco.

Las puertas se abrieron de par en par. Acompañado por una escolta que se multiplicaba a cada paso, el visitante avanzó bajo el escrutinio de sensores térmicos y controles biométricos. Estaba limpio: sin armas, sin dispositivos, sin rastros. Era solo él y su presencia, lo cual resultaba más inquietante que cualquier amenaza física.

Omar había ordenado que, de superar los filtros, el emisario atravesara la última puerta solo. Al recibir la señal, el emir dio la instrucción:

—Adelante.

La puerta se abrió lentamente. A contraluz apareció un hombre de unos treinta y cinco años, de porte atlético y enfundado en un traje gris hecho a la medida. Avanzó dos pasos y se detuvo, firme, esperando. Su mirada se clavó en Omar; no había desafío, sino una seguridad absoluta.

El emir intentó medirle los nervios con un silencio prolongado, pero el visitante no se inmutó. Ni un solo músculo se movió en su rostro. Finalmente, Omar señaló la silla frente a su escritorio.

—Por favor.

El hombre se sentó con la elegancia de quien ha sido criado entre mármol y silencio. Durante el trayecto, no apartó la vista del emir. Solo el parpadeo inevitable de

sus ojos delataba su naturaleza biológica; fuera de eso, su mirada era un ancla inquebrantable.

—Hasta aquí has llegado como Alfil Blanco —dijo Omar—. ¿Hay algún otro nombre con el que te pueda llamar?

El visitante inclinó la cabeza con una gracia casi teatral.

—Mi nombre es Rafael, excelentísimo emir.

—Rafael. Bien. Ya eres una leyenda y apenas sé de ti hace dos días. ¿Te han puesto al tanto de mi situación?

—Así es, señor.

—Bien. La tesis de este conflicto es un enfrentamiento con alguien cercano —continuó Omar con tono firme—. No es mi igual en poder, pero sí lo bastante considerable como para ser molesto. Abdullah me habló del trabajo que hiciste para el coronel Jengo. ¿Podrías describir tus servicios?

Rafael volvió a hacer contacto visual, intenso pero controlado.

—Yo fabrico ventanas, emir. Ventanas de tiempo, espacio y disposición. Espacios precisos para negociar en condiciones exactas.

—Suenas muy sencillo —replicó Omar con incredulidad.

Rafael sonrió apenas.

—En realidad lo es... para mí. Lo que coordinamos es un engranaje de estrategias paralelas, logística militar y tecnología, ejecutado con precisión. El resultado son las ventanas del Propiciatorio: doscientas operaciones perfectas en los cinco continentes. He sentado a negociar a jeques, magnates y jefes de mafia en condiciones impensables. Tenemos un récord impecable.

Omar suavizó el tono, buscando un puente de empatía.

—He de confesar que tu operación me ha cautivado; la forma en que irrumpieron nuestras comunicaciones tiene en jaque a mis técnicos. Pero necesito algo más práctico. Con tus recursos, podrías brindarme otro tipo de solución.

El emir se inclinó hacia adelante, como quien comparte un secreto.

—Ya no creo en el diálogo. Esta situación consume más energía de la que estoy dispuesto a ceder. Sería más conveniente que un factor externo se encargara de eliminarlo por mí.

Rafael ni siquiera parpadeó.

—Apreciable emir... no es la naturaleza de mi servicio. Estoy seguro de que no tendrá problemas en encontrar a alguien dispuesto a esa solución.

—No se confunda, Rafael —se impuso Omar, entrelazando los dedos—. Encontrar mercenarios es fácil, pero yo hablo de reescribir nuestro acuerdo. No me agrada recibir un «no» por respuesta.

Rafael sonrió de una forma distinta. No estaba nervioso; parecía paciente. Esa quietud inquietó al emir.

—Entiendo la oferta —dijo Rafael con voz serena—, pero no forma parte de mi catálogo. Por supuesto que tengo el arsenal y la destreza para deshacerme de su rival.

El silencio que siguió fue una sentencia. Rafael fijó su mirada en las pupilas de Omar.

—Así como de usted.

El emir sintió un sudor gélido. Estaba en su palacio, custodiado por su milicia personal, y aquel extranjero acababa de amenazarlo sin que le temblara la voz. Tardó unos segundos en recuperar la compostura y sonrió con orgullo herido.

—¿Es en serio? ¿Me está amenazando?

—No podría ofrecerle un servicio que garantice su seguridad si no pudiera garantizar primero la mía —explicó Rafael de forma didáctica—. Observe la taza sobre su escritorio.

Rafael levantó ambos brazos en señal de rendición sin dejar de mirarlo.

—Jaque al rey.

Un proyectil atravesó el ventanal y pulverizó la taza en un estallido de cerámica. La guardia irrumpió en la sala con las armas desenfundadas. Rafael permaneció sentado, inmóvil. El emir tenía la furia en los ojos, pero el visitante habló con firmeza:

—Emir, se lo ruego... la siguiente bala apunta a su cabeza. Indique a sus hombres que abandonen la sala y terminemos esta entrevista.

Omar, con el rostro encendido de rabia, hizo un gesto tajante. Los guardias obedecieron.

Rafael bajó los brazos con lentitud.

—Lamento la escena —dijo con compostura impecable—. Pero esta es mi audición. Así como puedo existir bajo estas condiciones, puedo extender esa garantía a mis clientes. Si insiste en eliminar a su contraparte, yo no podré ayudarle y me retiraré de inmediato.

Omar respiró hondo y apretó el intercomunicador.

—Que entre Abdullah... y tráiganme un té negro.

Miró directamente a Rafael.

—¿Qué te puedo ofrecer?

Rafael calculó rápido. Pedir algo era aceptar un riesgo, pero no pedir nada equivalía a ceder el control. El whisky se le antojaba, pero eligió una opción que exigía protocolo.

—Yo lo acompañaré con un espresso, emir.

Abdullah entró con una bandeja de plata, colocando el servicio con precisión ceremonial. Sirvientes discretos recogieron los fragmentos de la taza pulverizada, borrando la evidencia de la violencia. Omar levantó su taza, aspiró el aroma y habló como si retomara una negociación de rutina.

—Así que una bala me apunta ahora mismo. Dime, Rafael... ¿qué tan precisa es?

—Los pormenores del daño son grotescos, emir.

Rafael tomó un sorbo de su espresso. Omar observó el gesto y, por primera vez, soltó una risa seca y sincera.

—Muy bien, Rafael... —dijo, haciendo girar la taza de té entre sus dedos—. En vista de que no puedo convencerte de que le apuntes a mi primo, debo escuchar cuál es tu verdadero negocio.

—Solo necesito su consentimiento, emir. Y su disposición para obedecer cada una de mis instrucciones. Usted recibirá solo la información que se le autorice.

Omar contuvo la tormenta en su interior. Odiaba perder el control, pero la sensación poseía un atractivo perverso. Era el vértigo de enfrentarse a un oponente cuyas reglas eran un misterio.

—¿Y cómo piensa convencer a esa vieja zorra de Farid de sentarse conmigo? —preguntó Omar con sarcasmo—. Yo soy el civilizado de la familia.

Rafael terminó su espresso y colocó la taza vacía sobre el platillo con un clic definitivo.

—En realidad, emir... fue su primo quien nos contactó primero. Y a diferencia de lo que usted piensa, la situación lo ha vuelto bastante razonable.

El silencio que siguió fue denso. Omar y Abdullah intercambiaron una mirada; era la sorpresa de dos estrategias que presenciaban una jugada que no habían anticipado. El emir sostuvo la mirada de Rafael por unos segundos y, finalmente, una media sonrisa asomó en sus labios. Asintió lentamente.

—Muy bien, Rafael... te has ganado mi voto de confianza.

Se recargó en su silla, sellando el inicio de la alianza. Su voz adquirió una resonancia casi ceremonial.

—Adelante con el Propiciatorio.

Capítulo 5

Ventana 201

Permítanme corregir una omisión. El Propiciatorio no nació conmigo. Nació mucho antes de que yo aprendiera a convertir el miedo ajeno en arquitectura y el silencio en una mercancía invaluable. Nació con mi abuelo, en el polvo hirviente de un pueblo olvidado.

Rafael Santos vino al mundo un 30 de enero de 1940, recibido por las manos callosas de una partera en un rincón marginado de Nayarit. Era otra época: un México de caminos de tierra, de menos ruido y de rencores largos. Nació con todo en contra, hijo de una mujer que aceptaba la miseria como un mandato divino y de un padre al que la sierra se tragó demasiado pronto, víctima de las primeras escaramuzas de un narcotráfico que apenas empezaba a echar raíces en la región.

En aquel entorno, la moral era un lujo para los que tenían el estómago lleno. Mi abuelo entendió esa regla antes de cumplir los diez años. No tenía apellido ilustre, ni tierras, ni padrinos, pero poseía una agudeza mental

que cortaba como vidrio. Empezó comerciando con las sobras del mundo: el tabaco suelto que barrían en las galeras, pedacería de cobre robado en las vías, un gallo viejo y tuerto al que hizo ganar una última pelea a base de maña. Peso sobre peso, favor sobre favor, dejó de ser invisible.

Cuando por fin dejó atrás el hambre, descubrió algo que cambiaría el destino de nuestra sangre: en una tierra llena de hombres violentos, la fuerza bruta es barata; lo verdaderamente escaso es el cálculo. Mientras otros gastaban sus primeras ganancias en caballos, mujeres y pistolas con cachas de oro, mi abuelo devoraba todo libro que caía en sus manos: crónicas militares, manuales de comercio, biografías de emperadores. Afiló su mente hasta volverla un bisturí. Para principios de los años setenta, sin haber disparado jamás un arma en público, ya se sentaba a la mesa de la peor estirpe de alacranes de la costa: políticos corruptos, caciques y los primeros señores de la droga.

Hacienda Santos, Nayarit.

El calor caía a plomo aquella tarde de mayo, filtrándose entre las tejas de barro y proyectando líneas doradas de polvo sobre los muros de adobe de la galería. Las chicharras zumbaban en los manguales con

una monotonía hipnótica. Don Rafael disfrutaba de la sombra, de un vaso de licor ámbar y de una partida de baraja con su compadre, don Cleto Martínez, el jefe indiscutible del sector sur.

Durante media hora, el único sonido en el corredor había sido el tintineo del hielo en los vasos y el roce seco del cartón sobre la madera.

—Tu turno, Cleto. ¿Vas o pasas? —preguntó mi abuelo con voz tranquila, sin apartar la vista del abanico de naipes en su mano.

Cleto no respondió. Parecía un fantasma sudoroso. Tenía la guayabera pegada a la espalda y pasaba el pulgar una y otra vez por la esquina de la misma carta, incapaz de concentrarse en el juego. Mi abuelo lo observó por encima de sus naipes, midiendo la tensión que le engarrotaba los hombros.

Con lentitud deliberada, don Rafael cerró su juego y lo dejó boca abajo sobre la mesa.

—¿Qué demonios te trae tan inquieto, compadre? —lo increpó con suavidad—. Llevas tres manos tirando a lo loco. No estás aquí.

Cleto tragó saliva. Se pasó un pañuelo por la frente húmeda y paseó la mirada por el jardín vacío, asegurándose de que ni los peones ni la servidumbre anduvieran cerca. Cuando por fin habló, su voz era apenas un susurro raspos.

—Rafa... traigo entre manos un negocio que no me deja dormir. Pero no sé si entrarle.

Negocios. La palabra mágica. El interruptor que encendía todos los sentidos de mi abuelo.

—Pues han de ser diamantes para tenerte temblando como potro nuevo —dijo don Rafael, recargándose en el respaldo de cuero de su silla—. A ver, suéltalo. ¿De qué se trata?

Cleto acercó su silla unos centímetros.

—Es el norte, Rafa. Un contacto de Tucson bajó hasta Culiacán buscando quién le mueva mercancía fresca. Y no hablamos de costales de mota nomás... es goma procesada. Heroína pura, de la blanca. Pagan por adelantado y en dólares limpios. Con un solo viaje que cruce la línea, me pongo en el mapa para siempre.

El silencio cayó entre ambos, espeso como el aire de la tarde. Mi abuelo no necesitó preguntar cuál era el obstáculo. El problema no era la mercancía, ni el comprador en Arizona. El problema tenía nombre y apellido.

Para pasar un solo gramo por el corredor de Sonora, entre Nogales y Agua Prieta, había que pisar las tierras de don Gilberto «El Rojo» Valverde. Y El Rojo no cobraba peaje a los extraños: los enterraba en el desierto. Peor aún, entre Valverde y Cleto había una vieja deuda de sangre, dos sobrinos muertos años atrás

y una guerra declarada que ninguno de los dos había podido ganar.

—Si le meto carga por su frontera sin avisar, me prende fuego el rancho —murmuró Cleto, tirando sus cartas sobre la mesa y hundiéndose en la silla—. Y si le mando un emisario a pedir permiso, me devuelve la cabeza del mensajero en una hielera. Estoy atado de manos, compadre.

Mi abuelo tomó su vaso, dio un sorbo corto y dejó que el silencio trabajara unos segundos más. En su cabeza, las piezas del tablero acababan de acomodarse con una claridad deslumbrante.

—El Rojo es un animal rabioso, Cleto, pero tampoco es tonto —dijo mi abuelo, recogiendo las cartas con parsimonia para volver a barajar—. Él tiene los cruces en Sonora, pero las patrullas federales le acaban de quemar dos laboratorios en la sierra. Tiene las puertas del norte abiertas, sí... pero ahorita no tiene qué cruzar. Y tú tienes la mercancía y el comprador, pero tienes la puerta cerrada.

Cleto frunció el ceño.

—¿Estás loco, Rafa? Te digo que ese cabrón me quiere muerto. Jamás se va a sentar a partir el pastel conmigo.

Don Rafael esbozó una sonrisa afilada, de medio lado.

—En su territorio no. Y en el tuyo tampoco. Porque el primero que pise la casa del otro amanece bajo tierra —mi abuelo se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos sobre la mesa—. ¿Pero qué tal si no es en la casa de ninguno? Por una quinta parte de ese primer viaje, yo empeño mi hacienda, mis hombres y mi palabra ante los dos para armarles tres horas de tregua. Un terreno muerto donde nadie entre con fierros, donde mis tiradores les apunten a ambos por igual si alguno se mueve de la silla. Tú te sientas frente al Rojo, le ofreces el treinta por ciento por el derecho de piso, y si no se arreglan, cada quien vuelve a su trinchera por donde vino.

Cleto lo miró en un silencio sepulcral. En sus ojos inyectados de sangre colisionaron la codicia más pura y el terror más primitivo.

Ahí estuvo la génesis. No hubo fanfarrias ni revelaciones místicas; nació con la cruda y pragmática claridad del dinero. Tres semanas después, en una capilla de piedra abandonada en los límites de Sinaloa, bajo un sol que rajaba la tierra, mi abuelo sentó frente a frente a dos enemigos mortales.

Fue una operación rústica, sostenida a pulso con veinte rifles Winchester apostados en las ruinas del campanario, relojes de cuerda sincronizados a mano y el sudor frío de mi abuelo parado en medio de las dos

sillas. Pero funcionó. En menos de dos horas, Cleto y El Rojo sellaron el pacto que inundaría el sur de Arizona.

A los pocos meses de aquel encuentro, ambos capos ya figuraban con tinta roja en los ficheros de la DEA y el FBI. La fortuna los puso en la mira del mundo entero. Y al verlos caer uno tras otro en los años siguientes, mi abuelo comprendió su verdadera vocación: él no quería coronas, ni corridos, ni territorios que defender. El verdadero poder no residía en ser el rey del tablero, sino en ser el dueño de la mesa.

Durante las siguientes tres décadas, don Rafael perfeccionó aquel arte silencioso hasta convertirlo en una ciencia exacta. Cien ventanas abiertas en la sombra. Cien treguas imposibles cobradas a precio de oro, hasta que la vejez lo alcanzó y depositó las llaves del imperio en mis manos.

Yo tomé aquel legado de adobe y pólvora y lo vestí de siglo veintiuno: protocolos de encriptación cuántica, inteligencia artificial, arquitectura balística y una red financiera global que el viejo jamás habría imaginado. Convertí la intuición ranchera de mi abuelo en una máquina quirúrgica.

Y ahora, en las arenas de Riad, estaba a punto de superar en apenas diez años lo que a él le tomó toda una vida construir.

Doscientas una ventanas. Un nuevo récord.

Capítulo 6

El Propiciatorio

De toda la literatura de la que mi abuelo se volvió adicto, la religiosa fue su mayor hallazgo. Exploró casi todas las fes, pero fue en el canon de los hebreos donde encontró la figura que lo cautivó hasta la muerte: el propiciatorio.

Aquella tapa de madera recubierta de oro que sellaba el Arca del Pacto, donde el sumo sacerdote rociaba la sangre de los sacrificios, representaba una ventana de paz entre el poder absoluto y la fragilidad humana. Aun siendo enemigos —recita el verso—, en ese espacio el poderoso prometía no destruir mientras permanecieran allí. Mi abuelo tradujo esa idea de forma poética en sus propias «ventanas».

Para mí, el verso suena distinto: es la oportunidad de neutralizar dos naturalezas destructivas al enfrentarlas con una inteligencia superior... la mía. Ese es el único narcótico que realmente me excita.

Las ventanas del Propiciatorio son el monumento a mi propia gloria; por eso les he dedicado mi vida

entera. Y esta, la número 201, debía ser especial. Poco me importaba el contenido de la charla o quiénes fueran los peones en el tablero, pero no permitiría que nadie ensuciara mi obra.

Como esboqué frente al emir, las ventanas son una vorágine de caos controlado. Durante años fueron el resultado de cálculos humanos insoportables, hasta que nuestra propia inteligencia artificial vio la luz: SIGMA. Entrenada más allá de los propósitos civiles y militares comunes, SIGMA posee una capacidad de proceso que convierte la aleatoriedad de las ventanas en una sinfonía perfecta.

Mi acceso a ella no se limita a las consolas del Propiciatorio. Llevo bajo la piel un implante neural, un hilo metálico incrustado en mi cráneo que es tan invisible como irrevocable. No almacena datos; simplemente abre un corredor hacia la mente mayor que respira detrás de cada ventana. Así, nunca estoy realmente solo. Donde quiera que vaya, en cada silencio, la voz de SIGMA me acompaña: precisa, gélida, un eco de mis propios pensamientos pero mucho más vasto. Algunos la llamarían un asistente. Yo la llamo mi sombra. Y aunque soy su dueño, a veces sospecho que es ella quien me posee a mí.

Para iniciar la operación, alimentamos a SIGMA con cada fragmento de información disponible sobre los

invitados: historiales, alianzas, traiciones, patrones de desplazamiento, estado de salud e incluso fobias documentadas. SIGMA procesa estos datos y, tras millones de simulaciones, nos entrega la singularidad: la fecha exacta, las coordenadas precisas y el perfil de riesgo adaptado a cada participante.

En cuanto la singularidad queda validada, se activa una cadena de montaje invisible que se mueve con la precisión de un reloj. Las bases de extracción se posicionan a kilómetros de la Zona Cero para recibir a los líderes en completo aislamiento; los campamentos de recepción se erigen para retener y desgastar psicológicamente a los invitados hasta el amanecer; y en el epicentro se levanta la Cúpula del Propiciatorio, esa cámara de contención donde ningún grito o amenaza puede escapar... ni entrar.

Afuera, el mundo se estaba pudriendo. En Riad, los mercados apenas abrían antes de que estallaran disturbios. En los suburbios, las huelgas de transporte se habían convertido en barricadas de fuego. Los viejos rivales de ambas casas olían la sangre como chacales, esperando cualquier hora de indecisión para arrancar un pedazo del territorio ajeno. Las columnas de humo se elevaban sobre pueblos quemados en represalia y los analistas ya solo hablaban de un colapso inminente.

Una vez lista, la singularidad se encripta en un dispositivo al que llamamos «la invitación». Entregamos cápsulas de titanio que solo responden al ADN de los remitentes.

Omar, al recibirla, sintió la punzada de la desconfianza, pero también el alivio frío de quien ve una salida calculada en medio del incendio. Sabía que, si la rebelión se consolidaba, la guerra contra Farid sería el golpe final a su dinastía. Farid, en cambio, sonrió con una mueca de soberbia. Para él, aceptar no era rendirse, sino retar al anfitrión a que intentara domarlo.

Ambos prepararon sus convoyes para el viaje a la zona de extracción. No viajaron juntos ni de forma directa. Activamos seis caravanas simultáneas con puntos de encuentro cruzados. Solo dos llevaban a los invitados reales; las demás eran señuelos armados, carnada dispuesta a ser sacrificada para garantizar que la operación siguiera siendo invisible.

A kilómetros del epicentro, bajo un protocolo quirúrgico, cada líder fue aislado: armas confiscadas, comunicaciones cortadas y sueño controlado. Nadie en la ciudad sabía nada. Mientras el ruido del conflicto seguía afuera, la reunión ocurría protegida por el silencio absoluto del Propiciatorio.

Instalamos a los líderes en sus respectivos campamentos, brindándoles cortesías medidas pero sin permitirles un solo paso fuera de lo presupuestado. Los reportes confirmaron que ninguna caravana señuelo fue atacada; éramos fantasmas. Pese a la ansiedad y las protestas, la edad de los invitados les obligó a conciliar el sueño temprano. Fue lo mejor: a la mañana siguiente, la historia seguramente estaría movida.

Capítulo 7

Perro Viejo

La ambición de la cita era descomunal. Tanto Omar como Farid sabían que el tiempo era un lujo que no podrían volver a comprar; el servicio era costoso y la disposición del oponente, volátil.

Esa determinación se manifestó primero en el vestuario. Omar, envuelto en una túnica de seda blanca, encarnaba el linaje y la autoridad ancestral del desierto. Farid, en cambio, optó por un uniforme militar de corte occidental. Era un mensaje directo: él era la disidencia, el ruido y la incomodidad. Si el emir quería mantener la pureza de su blanco, tendría que ensuciarse las manos negociando con la guerra.

En el centro de los campamentos se alzaba la Cúpula del Propiciatorio. La estructura geodésica de paneles blindados parecía absorber la luz del amanecer gracias a su acabado camaleónico, fundiéndose con la arena. Por dentro, una cortina balística opaca dividía el espacio. Sobre ella, el sistema de luces marcaba el ritmo de la entrada: verde para el vacío, amarillo para la

espera y roja para el inicio del juicio. Adentro, el aire era estéril, una cámara de contención donde ningún sonido escapaba al escrutinio exterior.

La luz amarilla viró a rojo. Una sirena seca anunció el ascenso de la cortina.

El humo se disipó lentamente, revelando a los dos hombres sentados frente a frente. Guardaron un silencio prolongado, midiéndose a través de los años de rencor acumulado. Farid mantenía la barbilla alta, retadora. Omar, por su parte, observaba con la paciencia de quien espera que una tormenta se agote sola.

Omar se puso en pie. Caminó con lentitud hasta acortar la distancia, deteniéndose a pocos pasos de su primo. Farid no se movió, pero sus ojos siguieron cada avance con fijeza.

—¿Por qué, Farid? —preguntó Omar—. Teníamos un pacto. Tú lo rompiste.

Farid soltó un bufido y se levantó de un salto. A pesar de que él mismo había instigado el contacto con Rafael a través de Jengo, estar frente a la superioridad moral de Omar le resultaba insoportable. En ese espacio cerrado, ya no veía al emir de Riad, sino a un anciano que se aferraba a glorias pasadas.

—Mira a tu alrededor, Omar —amenazó Farid—. ¿Cómo terminaste en esta ratonera?

—Te hice una pregunta —replicó el emir con el tono de quien reprende a un niño.

Farid soltó una carcajada áspera.

—Ya no estás en tu palacio, perro viejo.

—No te tengo miedo, sangre puerca.

El insulto al linaje mixto de Farid fue el detonante. Sin mediar palabra, Farid se abalanzó sobre el emir. Conectó un gancho derecho que hizo tambalear a Omar y, de inmediato, lo tomó por el cuello.

—Voy a terminar con esto ahora mismo —gruñó Farid, apretando con rabia.

Desde el centro de mando, yo observaba la escena a través de los monitores. Mi compromiso es que los invitados no mueran; no tengo instrucciones de evitar que se lastimen. Permanecí al margen, con la mano cerca de los controles, evaluando el límite de la resistencia física de ambos.

Contra todo pronóstico, Omar recuperó terreno. Con un cabezazo certero obligó a Farid a soltarlo y, aprovechando el desconcierto, le asestó un golpe seco en la mandíbula. Sin embargo, el esfuerzo fue demasiado para sus cuerpos. Ambos terminaron en el suelo, jadeando, consumidos por un agotamiento que sus edades ya no podían ocultar.

Activé el gas somnífero. El vapor inundó la sala y, en segundos, quedaron sumergidos en un sueño forzado. El equipo médico ingresó para revisar sus signos y devolverlos a sus respectivos lados de la cortina.

Les tomó una hora despertar. Cuando la luz roja volvió a encenderse y la barrera subió por segunda vez, el ambiente había cambiado. Ya no había rastro de furia; solo dos primos con vendas frescas y moretones que empezaban a oscurecerse.

Farid rompió el silencio con una risa cansada.

—Eres un anciano decrepito... pero todavía sabes pegar.

—Y tú sigues sin entender cómo se aplica una llave —replicó Omar, con una media sonrisa.

Eran dos potencias peligrosas, pero también dos parientes cargados de historias compartidas. Farid suspiró, dejando caer los hombros.

—Fue Hassan —confesó—. Cometió un error.

Omar asintió lentamente. Conocía a su primo lo suficiente para detectar la verdad detrás de la fatiga.

—¿Esperas que crea que fue un accidente atacar a mi gente? —preguntó Omar en voz baja.

—No —respondió Farid—. Porque sé que tu único deseo siempre ha sido destruirme.

Omar se acomodó en su silla, retomando el mando de la conversación.

—Realmente eres un eslabón irregular en mi cadena, Farid. Pero hoy tenemos urgencias mayores. La huelga en los suburbios nos enseña que es una pésima idea no mostrar unidad.

Farid sonrió. Sabía que la negociación real acababa de empezar.

—Claro. ¿Qué otra cosa te haría recapacitar si no fuera el miedo a perderlo todo?

—Caminas sobre hielo delgado, Farid. Mi paciencia tiene límites.

—Ese es tu problema: todo pende siempre de tu voluntad. No tengo garantías para mi persona ni para mi operación.

—Estás vivo y hablando conmigo —dijo Omar—. ¿Qué otra garantía quieres?

—Una que te avergüence romper —replicó Farid—. Tú vistes de blanco y me señalas por mi linaje. Pues bien: te ofrezco una tregua perpetua y mi coalición total contra los rebeldes a cambio de una cosa. Nómbrame miembro legítimo de la corona. Borra la línea de deshonor sobre los míos.

La solicitud era excesiva, casi absurda para alguien que no hubiera nacido con ese derecho. Pero Omar vio

en ese deseo la grieta que necesitaba. El emir estaba a punto de imponer un candado definitivo.

—Está bien —cedió Omar—. Pero no bastará con tu lealtad. Quiero algo más: quiero a tu hijo.

Farid se tensó, la ira asomando de nuevo en sus ojos.

—Hassan se formará en mi corte —aclaró Omar rápidamente—. Será educado bajo mi casa.

Farid guardó silencio, procesando la oferta.

—Es una trampa.

—No. Te daré el título, pero tu hijo vivirá conmigo. Solo así Riad creará en nuestra unidad y los rebeldes se dispersarán. Es un mensaje que nadie podrá ignorar.

Farid respiró profundamente. Miró a Omar con una determinación que el emir no le conocía.

—Lo haremos a tu modo, Omar. Pero escucha bien: si muestras un solo asomo de injusticia o maltrato hacia mi hijo, nada me detendrá. Riad no verá un nuevo amanecer.

Omar no se molestó en discutir la amenaza. Extendió la mano en silencio. Farid le sostuvo la mirada con aplomo y, finalmente, cerró el trato con un apretón de manos.

Parte II

El Propiciatorio

Extracción Comprometida

El eco del apretón de manos entre Omar y Farid aún flotaba en la sala de la Cúpula cuando mi convoy enfiló hacia la frontera con Jordania.

La salida del reino árabe fue acelerada pero metódica. El trabajo estaba hecho: dos fuerzas destructivas habían sido neutralizadas y encapsuladas en un espacio seguro. Qué hicieran con esa paz a partir de la mañana siguiente no era asunto mío. Se saldaron las cuentas con generosidad, se borró cualquier evidencia física de nuestra presencia, y el Propiciatorio volvió a desvanecerse en el aire del desierto, tal como había llegado.

A mis treinta y cinco años, la ventana 201 estaba formalmente cerrada. Contemplaba el paisaje árido desde la parte trasera del vehículo blindado, sintiendo cómo el éxito se había convertido en una rutina tan predecible que, de forma inevitable, comenzaba a revelar un nuevo vacío. Había superado el legado de mi

abuelo con un margen obsceno; a estas alturas, el único riesgo real para mí era el aburrimiento.

El plan de extracción me llevaba a Amán. Desde allí, tomaría un vuelo directo a Nueva York. Necesitaba el ruido de esa ciudad; un lugar de emperadores modernos donde el dinero no susurra, sino que exige. Era el escenario perfecto para celebrar y sacudirme el letargo.

Días antes, un equipo de avanzada había sembrado la ruta con depósitos de combustible geolocalizados, convirtiendo el vasto y hostil desierto en un corredor seguro, dictado por la lógica matemática de SIGMA. Atravesamos los puestos de control sin frenar, sombras con inmunidad diplomática comprada a un precio incalculable. La llegada a la terminal privada del Aeropuerto Internacional Reina Alia fue la culminación perfecta del protocolo terrestre. El jet ya estaba en la pista.

Una vez dentro de la sala VIP, me permití algo raro: relajar los hombros. El ambiente olía a café tostado, cuero caro y perfumes de diseñador. El murmullo de los pasajeros de élite era un ruido blanco tranquilizador. Pedí un trago, me hundí en un sillón apartado y cerré los ojos un segundo, procesando el flujo final de datos en mi implante sobre la retirada de los emires.

Fue entonces cuando la atmósfera de la sala cambió. No hubo un ruido fuerte, ni una alarma de seguridad. Fue una anomalía sutil, un cambio en la presión del aire.

Un hombre estaba sentado a tres mesas de distancia. No encajaba. No llevaba el traje cortado a la medida de un guardia de seguridad corporativo, ni ostentaba los relojes gruesos de los magnates petroleros de la región. Vestía un traje oscuro, completamente anodino. No tenía equipaje. No sostenía un vaso ni miraba un teléfono. Pero lo que detonó mi instinto no fue su apariencia, sino su quietud.

En un aeropuerto, incluso en los más exclusivos, todo el mundo espera algo: un vuelo, un socio, un retraso. Ese hombre no esperaba nada. Su inmovilidad era antinatural. Estaba allí por mí.

Con un movimiento lento y deliberado, giró la cabeza. Sus ojos encontraron los míos. No hubo sorpresa, ni el disimulo torpe de un espía novato. Fue un escaneo profundo, una evaluación serena que pareció deconstruir mi historial en un abrir y cerrar de ojos. No era la mirada de un mercenario a sueldo; era la de alguien que ya conocía el final de la partida.

Dejé mi vaso intacto sobre la mesa. La presencia de una variable no calculada a dos metros de distancia anulaba todo el plan de vuelo. Me levanté sin alterar la

compostura y caminé hacia los sanitarios, buscando el único punto ciego garantizado de la terminal.

El paso era casual; mi orden mental, tajante:

—SIGMA. Misión comprometida. Protocolo de extracción.

La información fluyó en mi mente al instante, limpia de ruido, proyectándose sobre mi visión periférica:

[PROTOCOLO 7-ALFA ACTIVADO. AMENAZA CONFIRMADA. Plan de vuelo original anulado. Ruta de egreso: Puerta de servicio este, adyacente al bar. Avance 45 metros norte hasta Salida T-2. Vehículo: Estacionamiento de empleados, Sector B4. Toyota Camry gris. Matrícula 5-88-J2. Llaves en contacto.]

[VECTORES DE EXTRACCIÓN A NUEVA YORK. OPCIÓN 1: Vector Terrestre (Israel). Ruta al cruce fronterizo Puente Rey Hussein. Alias diplomático Klaus Richter. Destino: Aeropuerto Internacional Ben Gurion. Probabilidad de éxito: 89.7%. OPCIÓN 2: Vector Aéreo. Conducir a Aqaba. Vuelo comercial a Estambul. Probabilidad de éxito: 76.4%]

—Vector uno. Confirma —transmití, empujando la puerta de servicio con el hombro y adentrándome en

los pasillos de mantenimiento del aeropuerto, dejando atrás el lujo para entrar en un laberinto de concreto crudo y tuberías.

No hubo vacilación. Cada giro, cada escalera estaba exactamente donde SIGMA lo había proyectado. Al salir al aire pesado de la noche en el estacionamiento de empleados, el Toyota gris aguardaba en su plaza, una pieza anónima y perfecta en el tablero. Entré, encendí el motor y aceleré hacia la carretera oscura.

Usualmente, un equipo de extracción se habría encargado de la conducción evasiva, pero la situación exigía mis propias manos al volante. El desierto de noche es un lugar implacable, y la carretera hacia el oeste exigía concentración absoluta. No soy un hombre paranoico; la paranoia es una emoción que nubla el juicio. Yo opero con datos. Pero mi regla de oro es jamás ignorar una corazonada. Y la presencia de ese sujeto en el aeropuerto no era una corazonada, era un fallo sistémico. Alguien había burlado mi invisibilidad.

La transición hacia la frontera fue un ejercicio de control de daños. Elegir cruzar hacia Israel era una decisión puramente pragmática. Era una tierra forjada en la vehemencia, donde la seguridad militar operaba con una crudeza paranoica que no dejaba margen a errores. Acercarme al Puente Rey Hussein significaba someterme al escrutinio de soldados con armas

automáticas y miradas entrenadas para detectar el pánico.

Frené ante las barricadas iluminadas por reflectores duros. Entregué mis documentos. Para la inteligencia israelí, yo era Klaus Richter, un funcionario con valija diplomática irrefutable. Para ellos, el concepto del «Propiciatorio» era un eco de su propia historia antigua, arraigado en los textos del Pentateuco. Para mí, hoy, esos soldados solo representaban el guardián de la puerta hacia mi ruta de escape.

El soldado revisó mi pasaporte, me escrutó el rostro y levantó la barrera.

Crucé hacia territorio israelí dejando salir el aire lentamente. La llegada al Aeropuerto Ben Gurion fue impecable. El abordaje hacia Nueva York fue inmediato, reduciendo mi exposición en salas de espera a cero.

Una vez en la soledad de mi asiento de primera clase, envuelto en el zumbido constante de los motores, el pulso comenzó a estabilizarse. Pedí un whisky en las rocas. El hielo crujió en el cristal mientras la cabina se presurizaba. La celebración en Nueva York seguía en pie, pero mientras el avión dejaba Medio Oriente atrás en la oscuridad, la certeza de que ya no era el único depredador en el tablero viajaba conmigo.

Capítulo 9

New York, New York

Hay un narcótico que solo se encuentra en el eco de una amenaza superada. El peligro te respira en la nuca e intoxica la carne con su proximidad, pero el verdadero efecto residual es la euforia de saberte ileso, de haber movido la pieza correcta en el momento exacto.

SIGMA había sincronizado mi llegada a Nueva York con la noche precisamente por eso; el sistema calculó que el residuo de adrenalina de la extracción en Amán sería el catalizador perfecto. Desde JFK, un taxi me sumergió en el torrente eléctrico de la ciudad y me depositó frente a una puerta sin señalización en el West Village.

Hundido en la penumbra de un reservado en Little Branch, el mundo exterior se disolvió. El techo bajo, el contrabajo marcando un pulso lento y el aroma a bourbon formaban el antídoto contra el caos de las últimas veinticuatro horas.

Le indiqué al camarero mi elección con un gesto — un Macallan, solo— y me recosté en el cuero del asiento. El jazz es un lenguaje útil; su gramática se adapta con la misma elegancia a la introspección o al cierre de un negocio. Era el preludio ideal. Una llamada discreta a mi concierge en The Carlyle había asegurado que la compañía adecuada me aguardaría más tarde.

Pero entonces, una disonancia alteró la sinfonía.

Ahí estaba. Sentado en la barra, con la misma inmovilidad antinatural del aeropuerto en Amán. El fantasma de Jordania. El hombre que había reventado mi extracción.

Mi primer impulso fue una orden mental, un relámpago a través del implante:

—SIGMA, sácame de aquí.

Por primera vez en mi vida, la respuesta fue el silencio.

Un vacío absoluto donde debería haber un torrente de datos. Repetí la orden. Una, dos, tres veces, cada intento chocando contra un muro digital que no existía en mi arquitectura. No había estática, no había error de código. No había nada. Estaba solo.

Para cuando mi mente procesó la aterradora magnitud de esa falla, ya era tarde. Levanté la vista de mi vaso. Él ya estaba de pie junto a mi reservado, bloqueando la única salida.

—Hola, Rafael. ¿Puedo acompañarte?

La pregunta fue un disparo a quemarropa. El análisis fue instantáneo: un asesino habría actuado en el Medio Oriente. Tanta logística para seguirme hasta Nueva York y acorralarme significaba que la trama iba en otra dirección. No querían mi muerte. Al menos, no todavía.

He negociado con jeques y generales, hombres que podían borrar un país del mapa. Sin embargo, este sujeto —que difícilmente sería otra cosa que un emisario— había logrado apagar mi sistema nervioso artificial. La irritación dio paso al instinto. Podía estar ciego, pero hasta el final, yo era un negociador.

Lo sostuve con la mirada y, deliberadamente, relajé los hombros. Con un ademán lento, señalé la silla frente a mí.

Se sentó. El aire entre nosotros se solidificó. Fue él quien rompió el alto el fuego acomodándose en la silla, alisando una arruga invisible en su saco antes de ajustar el nudo de su corbata. Su calma era un veneno diseñado para desestabilizar.

Solo entonces habló, su voz tan monótona como su traje.

—Señor Santos, es un poco difícil contactar con usted.

—Tiendo a no conceder citas a menos que así lo desee —repliqué, antes de dar un sorbo a mi trago para subrayar el desdén.

—Nos ha quedado claro —insistió, imperturbable—. Pero realmente nos gustaría hablar de negocios.

—Estoy de vacaciones, señor... ¿?

—Gabriel. Puede llamarme Gabriel —contestó, a secas.

El nombre no significaba nada, y SIGMA seguía muerta. En una situación normal, ya tendría en mi mente su biografía, afiliaciones y nivel de amenaza. Ahora, solo tenía un silencio ensordecedor.

—Gabriel, este no es el lugar para el tipo de conversación que pretende que tengamos. Será en otro escenario. Y bajo mis condiciones.

El silencio que guardó fue una respuesta en sí misma: una demostración de que el tiempo de esa charla le pertenecía a él.

—Por supuesto —respondió al fin—. Tendremos en cuenta sus condiciones. Aunque nuestro único objetivo, por ahora, era manifestarle nuestro interés de una forma... inequívoca.

Con un movimiento fluido, sacó una tarjeta del bolsillo interior de su saco.

—Si me lo permite, me gustaría dejarle esto. Para cuando se sienta más... listo.

La deslizó sobre la mesa con la precisión de un crupier. Era una tarjeta negra, mate, sin adornos. Parecía absorber la luz del local.

—Siga disfrutando de su Macallan.

Terminó su trago, se levantó y se disolvió en la penumbra del bar con la misma facilidad con la que había aparecido.

Mi mirada siguió su silueta hasta que desapareció. No hice ninguna mueca. Simplemente levanté mi vaso unos centímetros en el aire, un brindis a un fantasma, yforcé una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Mis dedos rozaron la tarjeta negra. Por primera vez en años, estaba ciego y vulnerable. El estupor no era miedo, sino el furioso recálculo de mis variables, cuando el silencio en mi cabeza se rompió por fin.

*[...CONEXIÓN RESTABLECIDA. SE DETECTÓ
INTERRUPCIÓN DE SEÑAL EXTERNA.
PROTOCOLOS DE CONTRAMEDIDAS INICIADOS.
¿DESEA ACTIVAR PROTOCOLO DE EXTRACCIÓN
DE EMERGENCIA?]*

Huir era la opción más segura. También era cederle la victoria a Gabriel. Cambiar el plan por miedo era una variable que no me iba a permitir.

—Negativo, SIGMA. Continuamos. Que una unidad me recoja en la entrada en diez minutos. Destino: The Carlyle.

El trayecto hasta el Upper East Side fue un borrón de neón en el que repasé una y otra vez la falla del sistema. The Carlyle me recibió con la discreta eficiencia del dinero viejo. En recepción no hubo preguntas; mi nombre ya había sido susurrado. Una tarjeta magnética y una media sonrisa fueron toda la bienvenida.

Más tarde, en la suite, la noche operó bajo un protocolo diferente. No hubo nombres, solo el roce de la seda. Una distracción perfectamente calibrada, un cuerpo anónimo cuya única función no era el placer, sino silenciar el ruido en mi cabeza.

Al alba, ella ya no estaba. El único rastro de su presencia era el leve aroma a jazmín en la almohada. Observé la cama vacía. La soledad, una vez más, se sentía como el único orden posible.

El desayuno llegó a las ocho en punto, sin haberlo pedido. SIGMA se había anticipado. Un carrito de servicio fue dispuesto en la terraza con vistas a la ciudad: café negro, el *New York Times* doblado y huevos Benedict. Levanté la tapa de plata. La celebración había terminado; la cacería estaba a punto de comenzar.

El cuerpo robusto del café me devolvió la sensación de control. Tomé la terminal encriptada.

—Helena. Este sujeto es de alta prioridad. Agéndame una cita con él en las próximas 24 horas.

Adjunté la imagen de la tarjeta de Gabriel. Ella sabría qué hacer.

De momento, aparqué el tema. Había algo alrededor de este Gabriel que era a la vez inquietante y exquisito. A estas alturas de mi vida, los problemas de logística habían perdido su encanto. Pero un oponente capaz de anular a SIGMA... eso era entretenimiento. Creí ver en él a un jugador de mi nivel.

Me tomé un momento para disfrutar la vista. Los rascacielos de la Gran Manzana se erigían con una vehemencia de acero y cristal, como puños quietos gritándole al cielo su derecho a existir. Y yo estaba allí, en la cima de esa montaña artificial, exactamente donde siempre había querido estar.

Caza al Fantasma

En el corazón financiero de la Ciudad de México, sobre el Paseo de la Reforma, se alza la torre Bedrock Holdings. Un monolito de cristal ahumado y acero, anónimo en su arrogancia, indistinguible de las docenas de otros templos corporativos que lo rodean. Y esa era, precisamente, su mayor fortaleza: la invisibilidad que otorga el exceso de poder y la burocracia.

Oficialmente, Bedrock era un depredador corporativo: una firma de capital de riesgo especializada en adquisiciones hostiles y, como un capricho de su excéntrico CEO, un marchante de arte de alto valor. En realidad, era la pieza central de mi imperio legal. Una máquina impecable diseñada para blanquear el capital y enmascarar la logística global del Propiciatorio.

Mi oficina ocupaba el penthouse. No era un espacio de lujo ostentoso, sino de control absoluto. Muros de obsidiana pulida, mobiliario brutalista y, en lugar de

paredes, ventanales que convertían el monstruo de la Ciudad de México en un mapa silencioso a mis pies. Era una fortaleza suspendida en el cielo: insonorizada, encriptada, impenetrable.

Frente a una consola transparente, de espaldas a la ciudad, se sentaba Helena Volkova. A sus cincuenta y tantos años, la excoronel de inteligencia se movía con una economía que desmentía su letalidad. Había una calma gélida en sus ojos azules, el residuo de un invierno en Moscú que nunca la había abandonado. Ella no era una simple asistente; era la directora de orquesta que ejecutaba mis sinfonías logísticas.

Le di la espalda al ventanal y me senté en mi escritorio. El cuero frío fue un saludo familiar. No miraba nada en particular; simplemente esperaba. Helena no tecleaba, solo supervisaba. Su atención estaba clavada en la red de seguridad biométrica del edificio. El fantasma de Nueva York había solicitado la cita. Había aceptado entrar a mi cacería, y ahora Helena se aseguraba de que la jaula se cerrara detrás de él.

Su voz, nítida y desprovista de inflexiones, sonó por el intercomunicador.

—Señor, su invitado ha superado el último filtro.

Mi primera acción fue una consulta mental.

—SIGMA, estado.

*[SEÑAL ÓPTIMA. SIN INTERFERENCIAS
EXTERNAS. PERÍMETRO LIMPIO. BANDA
ANCHA AL 100%.]*

Bien. Esta vez, jugaría con todas las cartas en la mano.

—Adelante, Helena. Que pase.

Las puertas de obsidiana se abrieron de par en par, concediéndole una entrada casi teatral. Nuevamente, el hombre vestía un traje impecable, esta vez de un azul marino que absorbía la luz. Avanzó con un andar medido, una fuerza contenida en cada paso, hasta detenerse a tres metros de mi escritorio.

El silencio fue nuestro código de etiqueta. Un reconocimiento mutuo.

Pero esta vez, mi mirada era distinta. No estaba acorralado en un bar de Nueva York; estaba anclado por el peso de un rascacielos bajo mis pies. Con un ademán deliberado y parsimonioso, le invité a sentarse.

Gabriel aceptó con una leve inclinación de cabeza. En el instante exacto en que la tela de su traje tocó la silla, mi implante se activó. No fue una consulta; fue una orden de asalto digital.

—SIGMA. Perfil biométrico completo. Reconocimiento facial global. Triangular huella digital. Ahora.

Esperaba un torrente de datos. Aquí, en mi fortaleza, con SIGMA operando desde mis propios servidores centrales, la invisibilidad de este sujeto tenía que terminar. Era una cuestión matemática.

Pero el informe que se proyectó en mi córnea, milisegundos después, fue un golpe seco.

[ANÁLISIS EN CURSO... SUJETO NO IDENTIFICADO. CERO COINCIDENCIAS BIOMÉTRICAS. SIN HISTORIAL FINANCIERO, CIVIL O GUBERNAMENTAL. SIN HUELLA DIGITAL. EL SUJETO ES UN FANTASMA ESTADÍSTICO.]

Así que ahí estaba. Una imposibilidad respirando en mi oficina. Un vacío en la matriz en el corazón de mi imperio. Mi única opción era jugar la partida a ciegas y obligarlo a revelar sus cartas.

—Veo que aquí está más a gusto como para hablar — dijo Gabriel.

Con esa frase, abrió el tablero. Fue un movimiento sutil pero audaz, recordándome que él me había acorralado primero.

—Las vacaciones son sagradas, señor Gabriel — repliqué, mi tono destilando un aburrimiento fabricado —. Y no acostumbro a interrumpirlas por cualquier cosa.

Gabriel sonrió. Una curva apenas perceptible que no llegó a sus ojos.

—Descubrirá que no somos «cualquier cosa», señor Santos.

Apoyé los codos en el escritorio y entrelacé los dedos, el gesto universal de la paciencia condescendiente.

—En ese caso, soy todo oídos. ¿Qué lo trae a mi casa?

—Represento los intereses de alguien muy importante —comenzó, y la cadencia de su voz se volvió más densa—. Alguien a quien el particular servicio que usted ofrece, El Propiciatorio, le ha llamado poderosamente la atención.

El nombre de mi organización, pronunciado por un extraño en mi propia oficina, fue una profanación. Ese simple comentario acababa de demoler mis dos principios de seguridad: yo decido quién me conoce, y yo controlo cómo me conocen. Ambos, anulados. La pregunta ardía en mi garganta: ¿Quién demonios era su jefe?

—Rafael... eres famoso por tu hospitalidad —interrumpió Gabriel, con una falsa nota de lamento—. Pero no me has ofrecido nada de tomar.

Estaba dilatando el tiempo. Adueniéndose del oxígeno de la habitación para hacerme sentir como un

mal anfitrión en mi propio santuario. Era un truco fastidioso y brillante.

Pero si quería jugar en el terreno de las formas, se iba a arrepentir. Para mí, la etiqueta no es cortesía; es una demostración de poder.

—Disculpa el descuido, Gabriel. Intento no alargar las reuniones que no he solicitado. Pero enmendemos el error. ¿Qué te ofrezco?

—Comparto tu gusto por el Macallan —respondió—. Y estoy seguro de que aquí, en tu palacio, tendrás una reserva especial.

Toqué el intercomunicador, sin apartar los ojos de él.

—Helena. Servicio completo. El reserva 25.

No pasaron ni noventa segundos cuando las pesadas puertas se deslizaron sin emitir sonido. Helena entró. Llevaba una bandeja de plata con una pesada botella oscura y dos vasos de cristal de bohemia. La colocó sobre la esquina del escritorio. Sus manos, expertas en armar rifles de francotirador a ciegas, descorcharon la botella con un siseo casi inaudible. Sirvió primero a Gabriel, luego a mí. La misma cantidad exacta. Ni una mirada de más, ninguna vacilación.

Fue una demostración de neutralidad castrense. Un recordatorio para nuestro invitado de la letalidad que respiraba en este edificio. Helena me dio un levísimo

asentimiento y se retiró, dejándonos a solas con el ámbar del whisky.

Tomé mi vaso por la base pesada.

—Por las visitas insistentes —brindé, alzándolo unos centímetros.

Gabriel me imitó en un perfecto movimiento de espejo. Observó el líquido a contraluz y tomó aire.

—Rafael, como te decía, mi jefe tiene un interés profundo en tus servicios. Pero me gustaría exponer mi comprensión del mismo, para asegurarnos de que hablamos el mismo idioma.

Asentí levemente. Se me antojó interesante escuchar la descripción de mi obra maestra en boca de una anomalía estadística.

—Tenemos entendido —continuó Gabriel— que tu organización crea un espacio de neutralidad temporal. Un ecosistema blindado para que ciertas... entidades... puedan conversar sin temer por sus vidas.

Lo explicaba con una cadencia didáctica, casi clínica. Como si estuviera describiendo el comportamiento de insectos desde un microscopio.

Asentí lentamente.

—Una descripción acertada.

—Y dime, Rafael... ¿Esto funciona incluso si existe un desnivel de fuerzas absoluto? ¿Uno completamente

desproporcionado?

Di un sorbo al whisky, saboreando el humo y la turba.

—Creo que es precisamente en esos escenarios donde mi servicio cobra su verdadero valor.

Aunque, siendo sincero, no imaginaba qué clase de «entidad» con los recursos para vulnerar a SIGMA podría necesitar mi ayuda para negociar con alguien menor.

—Acudimos a ti, Rafael, porque dada la naturaleza implacable de mi cliente, es prácticamente imposible que la contraparte acceda a un encuentro —Gabriel hizo una pausa, dejando que el silencio pesara—. No si no hay un tercero, un tercero experto, que pueda garantizar su supervivencia física.

—Comprendo, Gabriel. Lo que describes es perfectamente viable.

Justo cuando terminé la frase, dos eventos colisionaron en mi cerebro. En mi mente, una alerta roja estalló con violencia:

*[¡ADVERTENCIA! PATRÓN DE DATOS CAÓTICO
DETECTADO EN LA RED LOCAL. MÚLTIPLES
PERTURBACIONES EN EL PERÍMETRO
SENSORIAL DEL EDIFICIO. ANOMALÍA GRAVE.]*

Y, en el mundo físico, la voz inalterable de Gabriel me formuló una pregunta que desencajaba por completo con la conversación:

—Rafael, ¿sabes qué significa realmente «Propiciatorio»?

Mi ceño se frunció. La disonancia entre la urgencia de la alerta táctica y el tono casi teológico de Gabriel me generó una incomodidad visceral.

—Es un concepto con un trasfondo histórico, heredado de mi abuelo —respondí, forzando un tono desinteresado mientras intentaba leer los reportes de error en mi córnea—. Solo puedo decirte que hace honor a su nombre: hace propicio el encuentro.

El desinterés de mi respuesta pareció, extrañamente, decepcionarlo.

—Te platicaré un poco sobre la naturaleza de este conflicto, Rafael. Mi cliente posee una paciencia milenaria, pero ha visto cómo su contraparte no ha dejado de acumular agravios, uno tras otro, contra él. Se ha llegado a un punto de no retorno. Y antes de erradicarlo por completo, desea charlar con él. Una última vez.

La historia no me impresionó. Era el clásico guion del león jugando con su presa antes de devorarla.

—¿Y bien? —pregunté, recargándome en el respaldo de cuero—. ¿Quién es el pobre infeliz que se ha ganado

el odio de un cliente tan... implacable?

Gabriel no respondió de inmediato. Levantó su vaso de cristal, observó el ámbar por un segundo, y se bebió el Macallan de un solo trago. Dejó el vaso vacío sobre la obsidiana con un clac sordo y definitivo.

Y entonces, el infierno digital se desató en mi cabeza. No fue una alerta. Fue el grito agónico de un sistema colapsando:

*[¡ALERTA CRÍTICA! INTRUSIÓN TOTAL. CORE
COMPROMETIDO. CORTAFUEGOS
DESTRUIDOS. SISTEMAS FÍSICOS Y
BIOMÉTRICOS DEL USUARIO
COMPROMETIDOS. DESCONEXIÓN FORZADA
EN 3... 2... 1...]*

El silencio mental que siguió fue ensordecedor. Un apagón total que me dejó mareado.

Y en el vacío de ese silencio, la voz de Gabriel, suave y letal, finalmente contestó a mi pregunta.

—Tú.

Quedé petrificado.

La palabra cayó como un yunque. Intenté mover las manos, levantarme, activar una alarma física. Nada respondió. En el corazón de mi propia fortaleza, custodiado por exmilitares y tecnología de punta, estaba completamente paralizado. Indefenso.

—Tú has acumulado una cantidad obscena de faltas contra mi cliente, Rafael —continuó Gabriel, y su voz ya no era la de un mensajero, sino la de un juez dictando sentencia—. Tu arrogancia ya no es tolerable. Sin embargo, en un acto de clemencia que no mereces, ha decidido extenderte una última oportunidad para dialogar.

No podía articular palabra. Mi respiración se volvió superficial.

—Acudimos a ti porque, irónicamente, eres el único que puede hacer esto posible —dijo Gabriel, poniéndose de pie con parsimonia—. Solo El Propiciatorio puede crear un escenario con las garantías suficientes para que tú mismo te atrevas a asistir. Queremos que diseñes la bóveda que garantice tu propia supervivencia.

Me miró desde arriba. La temperatura de la habitación parecía haber caído diez grados.

—Cubriremos todos los costos. Mi cliente aceptará tus condiciones logísticas. Pero lo que no aceptará, bajo ninguna circunstancia, es tu silencio o tu ausencia. Ya sabes cómo contactarnos.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar.

—Es tu juego y tus reglas, Rafael. Puedes intentar muchas cosas. Lo que no puedes hacer... es escapar.

Se detuvo ante la salida. Las puertas de obsidiana, mi sistema biométrico inquebrantable, se abrieron para él de par en par, como si reconocieran a su verdadero amo.

Salió al pasillo y las pesadas hojas se cerraron tras él con un susurro.

Y yo me quedé allí, congelado en mi silla de cuero. El cazador de fantasmas, convertido en la presa absoluta.

Capítulo 11

Jaque

El aire regresó a mis pulmones con la violencia de un latigazo, rasgando mi garganta con un sonido áspero y gutural que no reconocí como mío.

Tomé una bocanada profunda y errática, ahogándome en el oxígeno de mi propia oficina. Mis manos, apoyadas sobre la plancha de obsidiana del escritorio, temblaban con espasmos incontrollables. Sentía un sabor metálico, como a cobre viejo, en la base de la lengua. Estaba empapado en un sudor gélido, el residuo físico de un secuestro neuronal.

Así se sentía. Un ataque directo a mi sistema nervioso que había apagado mis sinapsis, convirtiéndome en un rehén dentro de mi propio esqueleto.

Antes de que pudiera siquiera intentar ponerme en pie, el zumbido de la conexión se reactivó. La voz rompió el silencio sepulcral de mi mente.

*[...SISTEMAS RESTABLECIDOS. EVALUACIÓN
DE DAÑOS EN PROGRESO. PROTOCOLO DE*

PARÁLISIS FÍSICA DESACTIVADO.]

Sonaba igual que siempre: aséptica, modulada, perfecta. Pero por primera vez en diez años, la voz de SIGMA me produjo una náusea profunda. Me había fallado. El muro impenetrable había resultado ser de papel.

—SIGMA... —mi orden mental fue un susurro urgente, apenas un pensamiento rasposo tratando de abrirse paso entre el dolor de cabeza—. ¿Datos? ¿El origen del ataque? Dame la firma térmica, el rastro de encriptación, los picos de voltaje en los servidores. Algo. Lo que sea.

La respuesta de la IA cayó sobre mí como una lápida de granito.

*[NEGATIVO, SEÑOR. NO HAY REGISTROS EN
LOS SERVIDORES SECUNDARIOS NI EN EL
NÚCLEO. NO HAY RASTRO DE INTRUSIÓN EN
LA RED LOCAL. A EFECTOS DE AUDITORÍA
LOGÍSTICA, EL LAPSO DE TIEMPO
TRANSCURRIDO NO EXISTIÓ.]*

Cerré los ojos, sintiendo un latido doloroso en las sienes. Nunca, en la historia del Propiciatorio, mis operaciones habían sido vulneradas de esta manera. Alguien no solo había entrado por la puerta principal de mi fortaleza y me había paralizado, sino que había

reescrito la tela de la realidad digital al salir, borrando sus huellas del tiempo mismo.

En ese preciso instante, las pesadas puertas de la oficina se deslizaron de golpe. Helena entró.

No hubo anuncio previo por el intercomunicador, ni la cortesía calculada de costumbre. Su habitual elegancia marcial estaba fracturada por una tensión que jamás le había visto, ni siquiera cuando operábamos bajo fuego en zonas de exclusión. Su respiración era ligeramente irregular. Aunque su rostro mantenía la máscara de hielo siberiano, sus ojos azules, fríos y letales, escrutaban cada rincón de la habitación con la urgencia de quien espera encontrar un cadáver ensangrentado.

Se detuvo en seco al verme vivo, a unos pasos del escritorio.

—Señor... ¿se encuentra bien? —preguntó. Su voz no tembló, pero el tono era inusualmente agudo.

Mi mirada la encontró. Era una mezcla tóxica de la furia que empezaba a hervir en mi sangre y la humillación residual de la parálisis. Me obligué a ponerme en pie. Mis músculos protestaron, rígidos como cuerdas tensas por la coacción forzada, pero me negué a mostrar debilidad frente a ella.

—¿Dónde diablos estabas? —siseé, apoyando el peso en mis nudillos contra la mesa para no tambalearme—.

¿Y por qué demonios no detuviste a ese hombre cuando salió por esa puerta?

Helena no se encogió ante el reproche. Se cuadró, adoptando de inmediato la postura firme de sus años más duros en el ejército ruso, pero su voz cargó con el peso de una derrota impensable.

—Recién ahora recupero el control motor, señor. Fui inhabilitada desde mi propia consola. El sistema biométrico del edificio, los servidores de seguridad perimetral y mi propia terminal registraron un lapso de parálisis total. Un apagón de tres minutos y doce segundos. Todo el piso ejecutivo quedó en estasis.

Sus palabras extinguieron mi ira de golpe, reemplazándola por un vacío helado. Un terror mucho más profundo, mucho más primitivo.

Su explicación, tan clínica y precisa, me golpeó con la verdadera magnitud de nuestra situación. ¿Cómo podía reclamarle? Habría sido una arrogancia estúpida de mi parte. Yo mismo había sido una marioneta con los hilos cortados frente a aquel fantasma. El intruso no solo me había paralizado a mí; había neutralizado a la excoronel más letal que conocía y había secuestrado el sistema nervioso de un rascacielos corporativo entero, todo sin disparar una sola bala, sin hacer saltar una sola alarma.

Miré hacia la esquina de mi escritorio. Allí descansaban los dos vasos de cristal de bohemia. El mío, a medio terminar. El de Gabriel, vacío.

—Helena. El vaso —ordené, señalándolo con un movimiento de cabeza—. Revisa ese vaso. Tiene que haber saliva, una huella parcial, grasa dactilar. Lo sostuvo durante diez minutos.

Helena se acercó con cautela. Extrajo de su bolsillo un pequeño escáner óptico de luz ultravioleta, una herramienta estándar que siempre llevaba consigo. Pasó el haz de luz púrpura sobre el cristal tallado, girándolo lentamente sin tocarlo. El silencio en la habitación se volvió asfixiante mientras yo esperaba un milagro forense.

Helena apagó el escáner y levantó la vista hacia mí. Su expresión era de pura incredulidad.

—Nada, señor. Está completamente limpio. No hay residuos orgánicos. Ni siquiera hay condensación por el cambio de temperatura. Es... es como si nadie lo hubiera tocado.

Un fantasma. Un absoluto y maldito fantasma estadístico, biológico y digital.

Me dejé caer de nuevo en la silla de cuero. Mis pulmones se sentían pesados.

—Quiero un diagnóstico forense de todo el perímetro —mi voz volvió a tensarse, forzándome a

recuperar la autoridad del CEO por pura supervivencia —. Las cámaras no lo tienen, lo sé. Pero rastrea las anomalías de temperatura en los pasillos, los cambios de presión barométrica en las esclusas de las puertas, la alteración del polvo en la alfombra. Cruza los datos con la red de satélites meteorológicos si es necesario. Busca un hueco en la realidad.

Sostuve su mirada, asegurándome de que entendiera la gravedad del abismo al que nos asomábamos.

—Estamos en Código Negro, Helena. La amenaza no fue una demostración de poder de la competencia; fue una citación.

Helena no respondió con palabras. Un solo y nítido asentimiento fue suficiente confirmación de su lealtad inquebrantable. Giró sobre sus talones con precisión militar y abandonó la oficina.

Apenas se cerraron las pesadas hojas de obsidiana, la voz de SIGMA volvió a proyectarse en mi córnea, arrojando líneas de código sobre mi campo visual.

*[ANÁLISIS PRELIMINAR DE CONTRAMEDIDAS
COMPLETO. SE CONFIRMA VULNERABILIDAD
EXTREMA ANTE ESTE ADVERSARIO. EL SUJETO
OPERA EN UN ESPECTRO DE PODER
TECNOLÓGICO NO CUANTIFICABLE PARA
NUESTRA ARQUITECTURA. LA SUPERVIVENCIA*

*A LARGO PLAZO NO ESTÁ GARANTIZADA BAJO
LOS PARÁMETROS ACTUALES.
RECOMENDACIÓN TÁCTICA: CONSIDERE
ACTIVAR EL PROTOCOLO SOMBRA.]*

El Protocolo Sombra.

La mera mención de esas dos palabras hizo que mi estómago se contrajera. Tenía esa última opción, por supuesto. Diseñada en mis días más paranoicos, era la salida de emergencia definitiva.

Con una sola frase clave de mi voz, desataría a SIGMA por última vez. Pero no para orquestar una ventana de paz, sino para aniquilar un imperio. La IA enviaría una señal de purga a la red global antes de autoinmolarse, inyectando un virus corrosivo que borraría cada servidor principal, cada nodo secundario y cada base de datos satelital con fuego digital.

Mientras tanto, en el plano físico, mis activos de confianza como Helena ejecutarían órdenes de «tierra quemada». Destruirían oficinas en Ginebra, refugios en Mónaco, centros de datos subterráneos en el desierto de Mojave. No dejarían cenizas que auditar.

Simultáneamente, el vasto consorcio financiero de Bedrock Holdings se liquidaría a través de un torrente de criptomonedas intratables, dispersándose a través de miles de monederos oscuros para pagar una última y

obscena suma a mi red de colaboradores, comprando su retiro y su silencio perpetuo.

Y yo... yo simplemente abriría la caja de titanio que guarda mi identidad de emergencia clase A. Me convertiría en un fantasma con un nuevo rostro quirúrgico, un pasado impecable forjado en la profunda burocracia europea, y me disolvería en el mundo.

Era la póliza de seguro perfecta. Y también era el fin absoluto de Rafael Santos.

Significaba rendirse. Era regresar al polvo del que había salido mi abuelo en Nayarit, con la única diferencia de estar envuelto en lino italiano en lugar de harapos. Una muerte en vida a la que solo debía recurrir si el rey ya hubiera caído en el tablero.

No.

Rechacé la idea con una furia helada que terminó de purgar el entumecimiento de mis extremidades. No iba a permitirlo. El Protocolo Sombra era para los cadáveres que aún respiraban, y yo me negaba a ser un cadáver en mi propio palacio.

No me importaba si me enfrentaba a un sindicato global invisible o al mismo Dios del Antiguo Testamento bajando a cobrarme factura. Soy un arquitecto del caos y la tregua. Soy un negociador. Esa es mi naturaleza, mi vicio absoluto y mi única arma verdadera.

Además, si me quitaba el manto de la paranoia y analizaba el escenario con datos puros, la lógica estaba de mi lado: mi cabeza aún no era su objetivo. ¿Para qué tomarse las absurdas molestias de hackear un rascacielos corporativo de ultra seguridad, paralizar a una ex-KGB, burlar una inteligencia artificial y sentarse a beber mi Macallan si querían matarme? Un simple proyectil teledirigido o un francotirador a tres kilómetros de distancia en la pista de Amán habrían sido infinitamente más eficientes.

No. Gabriel y su «cliente» no querían un cadáver. Querían mis servicios. Me necesitaban. Y mientras la otra parte quisiera algo en la mesa de negociaciones, yo seguía teniendo capital para jugar.

Observé la tarjeta negra, mate y sin adornos que Gabriel había dejado sobre la obsidiana. Parecía absorber la poca luz que quedaba en mi oficina. Estaba en jaque, sí. El tablero estaba ardiendo a mi alrededor. Pero no había perdido la partida. Aún era mi turno.

Había una única opción a la par de drástica y destructiva que el Protocolo Sombra. La diferencia fundamental era simple: una significaba abandonar el tablero, agachar la cabeza y esconderse. La otra significaba arrastrar al oponente a mi propio infierno, dictar las reglas de la destrucción y volcar la mesa por completo.

Cerré el puño alrededor de la tarjeta negra. Sus bordes afilados se clavaron en mi palma. Mi decisión fue un mandato irrefutable en la red neural, una orden que no admitía vuelta atrás.

—SIGMA. Inicia la Operación Cúpula del Silencio.

Cúpula del Silencio

La Operación Cúpula del Silencio no era una ventana del Propiciatorio; era su perversión absoluta. Una herejía táctica diseñada no para facilitar un diálogo, sino para imponerlo por la fuerza.

El escenario elegido era Isla Sombra, un cayo privado en el Caribe que no figuraba en ninguna carta de navegación comercial. Lo había adquirido años atrás a través de una red impenetrable de corporaciones fantasma, previendo el día en que necesitara un santuario fuera de la jurisdicción del mundo entero. A simple vista, era un paraíso virgen de arena blanca y jungla esmeralda. En la realidad arquitectónica, era un tablero de ajedrez militarizado. Cada palmera ocultaba un sensor; cada bungalow de lujo era una pieza táctica esperando una orden.

El corazón de la operación era la «Cúpula» misma. No era una estructura física, sino una red de emisores de pulso electromagnético y generadores de ruido blanco digital enterrados a quince metros bajo la arena

coralina, capaces de activarse en un milisegundo. Su propósito era crear una burbuja de silencio absoluto, una jaula de Faraday a escala masiva.

Dentro de esa cúpula, cualquier tecnología de vigilancia exótica se volvería inútil. Si el fantasma operaba a través de frecuencias indetectables o satélites encriptados, allí se ahogarían. Su omnisciencia se convertiría en estática; sus ojos y oídos digitales quedarían ciegos y sordos. La fortaleza de espejos estaba diseñada para que aquel intruso se enfrentara por primera vez a su propio reflejo en el vacío, y a nada más.

Una vez aislado y ciego, el invitado sería guiado a la «Jaula Dorada». El pabellón de negociaciones —una estructura de cristal templado y madera de teca suspendida sobre el agua turquesa— era la carnada. Bajo su apariencia de lujo sereno, era una celda de contención de última generación. Con una sola orden de SIGMA, pesados paneles de titanio balístico se deslizarían desde el suelo y el techo, sellando el lugar herméticamente.

No era una trampa para matar. Un cadáver no negocia. Era una trampa para enjaular. Para tomar como rehén a una entidad que se creía intocable. El plan era brutal en su simplicidad: quitarle a un dios sus ojos, y luego encerrarlo en una caja.

Mientras los diagramas de la isla se proyectaban en mi córnea, busqué instintivamente el ventanal de mi oficina. Esperaba encontrar la familiaridad tranquilizadora de la Ciudad de México, el mapa de luces de los mortales comunes latiendo a mis pies. Pero era de noche, y la iluminación interna de la oficina convirtió el cristal ahumado en un espejo oscuro.

Solo encontré mi propio reflejo.

Mi mirada me devolvía el gesto desde el cristal, atrapado en una jaula de mi propia creación. Hacerme consciente de ese instante fue doloroso. Había estado bajo amenaza antes, innumerables veces. Había tenido un cañón apuntándome a la cabeza. Pero siempre había sido en un tablero que yo conocía, contra capos, generales o jeques cuyas reglas, avaricias y miedos yo entendía a la perfección.

Este terreno, sin embargo, era oscuro y virgen. Por primera vez, el enemigo no solo amenazaba mi vida biológica, sino la lógica fundamental sobre la que había construido mi imperio. Gabriel había apagado mi cerebro. Me había hecho dudar de mi invulnerabilidad.

Y, sin embargo, no era la muerte lo que me atemorizaba. Morir es un riesgo laboral. Lo que me causaba una repulsión física, un asco profundo, era la idea del Protocolo Sombra. Una vida en las sombras, un

exilio anónimo, huir como un animal asustado. Eso era inaceptable.

Además, de una forma oscura y perversa, este infierno se sentía como una respuesta a mis propias plegarias. En el convoy hacia Amán me había quejado del aburrimiento, de haber superado a mi abuelo, de no tener cumbres qué escalar. Y el universo, en su infinita ironía, me acababa de arrojar a un oponente de nivel apocalíptico.

La idea de enfrentarme a un poder tan absoluto y arrebatarme el control no era solo gratificante; era un narcótico purísimo. Era la promesa de presenciar la detonación de una ojiva nuclear a solo unos metros de distancia y apostar a que podía sobrevivir a la onda expansiva.

Había sobrevivido al encuentro en esta oficina, sí. Pero eso no había sido una victoria; había sido una humillante tregua concedida por el enemigo. Me habían perdonado la vida para entregarme un mensaje. La magnitud de esa fuerza había destrozado mis protocolos, obligándome a actuar con una celeridad que bordeaba la imprudencia.

Me aparté del cristal. En cuanto se activó el cierre hermético del edificio, convirtiendo la torre Bedrock en mi búnker privado, envié la orden definitiva a través del implante.

—SIGMA. Crea la singularidad para esta ventana.
Cero margen de error.

El silencio en mi mente fue reemplazado por el zumbido de un procesamiento colosal. Tras devorar miles de millones de variables, cruzar rutas de vuelo clandestinas, evaluar la biometría teórica del objetivo y ejecutar simulaciones de cada posible resultado catastrófico, SIGMA finalmente concluyó sus cálculos. De entre el caos de un infinito de posibilidades violentas, la inteligencia artificial destiló una única y perfecta solución espacio-temporal: la singularidad.

En cuanto las coordenadas y los cronogramas se descargaron en mi mente, sentí una oleada de poder recorrer mi cuerpo, quemando el último rastro del sudor frío que Gabriel me había dejado. La incertidumbre paralizante se desvaneció, reemplazada por la arrogante certeza de un plan maestro.

Esta era mi mejor jugada. Mi gambito final. Pero el tiempo ya no era un aliado al que pudiera manipular, sino un adversario más en la sala. No había un segundo que perder.

Apreté el intercomunicador.

—Helena.

Su voz respondió al instante.

—Señor.

—SIGMA te acaba de transferir la singularidad. Tienes las coordenadas y la ventana de tiempo. Encárgate de hacerle llegar la invitación a Gabriel. Dile que acepto los términos de su cliente. Nos vemos en Isla Sombra.

Una Ventana Astillada

El acuerdo con Gabriel se fijó para dentro de setenta y dos horas.

Fueron tres días en los que no dormí. Setenta y dos horas en las que drené cuentas en paraísos fiscales y movilicé más equipo táctico, recursos tecnológicos y mercenarios de élite que en toda la historia operativa del Propiciatorio. No estaba preparando una ventana de negociación; estaba construyendo un búnker de contención para cazar a un dios.

Los protocolos de acercamiento se diseñaron como una sinfonía de desinformación masiva, una evolución paranoica de la estrategia que usamos en Riad. Seis jets privados idénticos despegaron de distintos aeropuertos ejecutivos en México y Centroamérica, con planes de vuelo falsificados que dibujaban una telaraña sobre el Mar Caribe. Simultáneamente, seis lanchas rápidas sin números de identificación, equipadas con inhibidores de radar, partieron de puertos clandestinos.

Solo un jet y una lancha me llevaban a mí; las demás eran señuelos armados hasta los dientes. Carnada multimillonaria dispuesta a ser sacrificada en alta mar solo para probar si las defensas de nuestro enemigo tenían un límite.

Mi llegada a Isla Sombra fue deliberadamente invisible. Lo hice a bordo de un sumergible privado que emergió en una cala oculta al anochecer, rodeado por acantilados de roca negra. En el instante en que mis botas tocaron la arena, la isla cobró vida.

No era un pedazo de tierra en el mapa; era un organismo cibernético. Los sistemas antiaéreos ocultos en la maleza se activaron, la red de sensores sísmicos y sonares de profundidad despertó, y el paraíso tropical se transformó, silenciosamente, en la fortaleza más letal y avanzada del planeta.

Y ahora, en mi campamento —un bungalow de arquitectura minimalista que funcionaba como mi centro de mando personal—, esperaba la llegada del alba.

Afuera, la naturaleza seguía su curso indiferente: el rugido rítmico del oleaje rompiendo contra el arrecife y el zumbido eléctrico de los insectos en la jungla espesa. Adentro, reinaba el silencio gélido de los monitores mostrando un perímetro limpio.

El hielo en mi vaso de whisky reflejaba la luz azulada de las pantallas de datos. La trampa estaba puesta. El tablero estaba dispuesto. Solo faltaba que la presa entrara por su propio pie.

—SIGMA. Reporte de la contraparte.

*[ACTIVO RECIBIDO SIN CONTRATIEMPOS.
SUJETO: CAUCÁSICO, MASCULINO. EDAD
ESTIMADA: 40-45 AÑOS. LLEGADA: SIN
ESCOLTA. SIN ARMAMENTO DETECTADO.
ESTADO ACTUAL: ASEGURADO EN EL
CAMPAMENTO DE RECEPCIÓN SUR.
ESPERANDO INSTRUCCIONES.]*

—SIGMA. ¿Has podido corroborar su identidad con la red global?

*[NEGATIVO, SEÑOR. LOS REGISTROS
BIOMÉTRICOS Y FACIALES SIGUEN SIENDO
NULOS. EL SUJETO NO TIENE IDENTIDAD
REGISTRADA EN NINGÚN SISTEMA
GUBERNAMENTAL O PRIVADO.]*

Había que intentarlo. Me recosté en el diván de cuero, dejando que el peso del cansancio se asentara sobre mis hombros. De todas maneras, las respuestas llegarían con el sol. Mañana lo sabría todo.

Por un instante, acaricié una solución mucho más simple, primitiva y brutal. Una idea que cruzó por mi mente con la seducción de una sirena: aniquilar el campamento de recepción sur mientras dormía. Enviar un enjambre de drones incendiarios y borrarlo del mapa.

Pero deseché la idea con la misma rapidez con la que llegó, frenado por dos razones absolutas.

La primera era que mi interés en este sujeto había trascendido el orgullo herido y se había convertido en una fascinación profesional casi morbosa. Era un enigma que desafiaba las leyes de la estadística y la tecnología. Necesitaba entenderlo. Necesitaba abrirlo en canal para ver cómo funcionaba.

La segunda razón, sin embargo, era mucho más honesta y humillante: por primera vez en mi vida, yo estaba realmente a su merced. El fantasma ya había demostrado que podía apagar mi imperio con un chasquido de dedos. No tenía forma de estimar la brutalidad apocalíptica de la respuesta que un ataque preventivo mío podría desatar. El miedo, frío y calculador, me obligaba a jugar según las reglas.

La noche transcurrió sin tropiezos, lenta y asfixiante. La mañana llegó con una calma tensa, envuelta en nubes grises.

—SIGMA. Informe de situación.

*[PERÍMETRO LIMPIO. SIN ACTIVIDAD
ANÓMALA DETECTADA EN LA CONTRAPARTE.
CONDICIONES CLIMÁTICAS: PRECIPITACIÓN
LIGERA, VIENTOS MODERADOS. LA TORMENTA
ELECTROMAGNÉTICA GENERADA POR LA
CÚPULA ESTÁ ENCUBRIENDO LA OPERACIÓN A
NIVEL SATELITAL CON UN 98.7% DE EFICACIA.]*

Era la hora. La hora de entrar en la Cúpula del Propiciatorio.

Curiosamente, yo mismo había supervisado cada fase de su diseño, cada aleación de titanio en su estructura, cada calibración de los inhibidores, cada prueba de estrés psicológico. Conocía sus secretos geométricos y acústicos como la palma de mi mano. Pero nunca, en todos mis años de arquitecto del caos, había tenido la oportunidad de cruzar ese umbral y participar en el ritual como uno de los prisioneros.

Entré. El cambio de presión en la esclusa me taponó los oídos por un segundo.

El interior de la Cúpula era un espacio dolorosamente aséptico. Era mi creación, pero ahora se sentía como un quirófano preparándose para mi propia autopsia. La enorme cortina balística, una barrera negra e impenetrable, dividía la sala por la mitad. Yo ocupaba mi hemisferio del campo de batalla. En lo alto

del domo, la luz verde estaba encendida: el nido estaba vacío, limpio, esperando a la serpiente.

Uno de mis asistentes médicos se acercó. Tenía el rostro impassible de un profesional entrenado para no hacer preguntas. Me tomó la presión arterial, revisó mis pupilas y repasó conmigo, en voz baja, los pormenores de emergencia de la sala. Era el mismo ritual exacto que yo había diseñado para doblegar el ego de príncipes y dictadores, ahora aplicado sobre mi propia piel.

Justo antes de retirar sus instrumentos y dejarme solo frente a la mesa de acero, el asistente se detuvo. Rompió el protocolo de silencio. Se inclinó ligeramente hacia mí y susurró la frase en código que yo mismo había establecido hace años, para una situación que creí que jamás llegaría.

—Señor, solo para su constancia... esta ventana está astillada.

El aire en mis pulmones se volvió plomo.

Entendí perfectamente. No era un simple aviso de rutina. Era la confirmación de que mi propio personal sabía que este no era un Propiciatorio normal. La operación estaba comprometida desde su concepción. Era una trampa. Y el cristal que nos separaba de la muerte, inevitablemente, se iba a romper. Asentí en silencio y el asistente desapareció por la escotilla trasera.

Un clic metálico, seco y resonante, hizo eco en la sala. La luz verde en lo alto del domo viró a un amarillo intenso.

Mi contraparte había cruzado la esclusa. Ya estaba en la sala.

Curiosamente, no habría necesitado la señal lumínica para saberlo. Podía sentir su presencia al otro lado de la inmensa cortina negra. Fue una alteración sutil en la densidad del aire, una baja de temperatura imperceptible en la piel, una nota profundamente discordante en la sinfonía matemática y controlada de mi Cúpula.

Mi implante neural vibró un instante después, confirmando mi instinto animal con su habitual frialdad.

*[ADVERTENCIA. SE DETECTA ACTIVIDAD
ANÓMALA EN LOS CAMPOS DE PERCEPCIÓN
BAROMÉTRICA. FUENTE: HEMISFERIO
OPUESTO DE LA CÚPULA.]*

Nunca un color me había alterado tanto el pulso. La luz amarilla viró a un rojo intermitente. La alarma silenciosa latía en las paredes, y el latido en mis sienes pareció sincronizarse con ese parpadeo sangriento.

Un estruendo mecánico, grave, solemne e implacable, anunció el ascenso de la pesada cortina

balística. Los motores rugieron ahogados por el blindaje. Era el sonido literal de un telón subiendo para el acto final de una tragedia.

Cuando la cortina terminó su trayecto y los anclajes se bloquearon en el techo de la Cúpula, dejó tras de sí una réplica de humo denso y blanco, producto de la despresurización de los sellos. El humo se arremolinó sobre el suelo de acero, tardando una eternidad agónica en desvanecerse.

Yo esperaba a Gabriel. Esperaba al fantasma de Nueva York con su traje azul y su arrogancia de mensajero.

Pero cuando por fin se disipó la niebla, el humo cedió para revelar a otro hombre.

Estaba de pie, al otro lado de la mesa, en un silencio tan absoluto que parecía devorar el sonido de los generadores. Era un hombre caucásico, más cerca de los sesenta que de los cincuenta. Estaba enfundado en un perfecto traje de lino blanco, inmaculado y ligero. Llevaba una barba pulcramente cuidada y el cabello largo, de un tono casi plateado que brillaba bajo la luz artificial de la sala.

Sus manos descansaban sueltas a los costados. Me observaba, imperturbable, relajado. No irradiaba el peligro tenso de un asesino, sino la inmensidad aplastante de alguien que hubiera estado ahí sentado

desde el principio de los tiempos, esperando a que yo llegara.

Yo también estaba listo. O eso quería creer. Estaba listo para mi última obra.

Cuando por fin reuní el valor para levantar la vista y sostener su mirada, me topé con dos ojos de un azul insondable. Un azul tan profundo, tan abismal y dolorosamente antiguo, que por un instante sentí que me tragaban. Sentí el vértigo de ser arrastrado fuera del tiempo presente, cayendo en un vacío donde Rafael Santos no importaba en lo más mínimo.

Apreté los puños bajo la mesa, clavando mis uñas en las palmas hasta casi hacerme sangrar, forzando a mi mente a regresar a mi cuerpo, a la Cúpula, al ahora.

Me había hecho una sola promesa antes de entrar en esta ventana. Una regla inquebrantable para sobrevivir a esta cacería: mantenerme fiel a mi esencia. Sería el negociador cínico, el arquitecto de las sombras, el depredador corporativo. No cedería un milímetro de mi arrogancia.

Sin importar qué... o quién... estuviera del otro lado de la mesa.

¿León o cordero?

Soy un negociador. Un creador de espacios imposibles. Y hasta el fin, delante de quien fuera, iba a cumplir con ese juramento. Me lo debía a mí mismo y al imperio que había construido.

Abrí el tablero. Avancé, decidido. Mi mirada se clavó en él como la de un boxeador que ha decidido abrir el asalto con un golpe directo a la mandíbula, buscando medir la resistencia del oponente.

—Heme aquí —dije, abriendo ligeramente las manos en un gesto de falsa rendición—. Se ha tomado usted demasiadas molestias, y ha gastado una cantidad obscena de recursos, solo para que podamos tener esta conversación. No es momento para ser tímido.

Hablé con un volumen que la distancia en la Cúpula apenas justificaba. En el fondo, reconocí la verdadera causa: una infrecuente traición de mis nervios. Era una manifestación audible de la primera fisura en mi autocontrol. Un farol monumental. Todas las fichas al centro de la mesa.

Una leve sonrisa se dibujó en su rostro, una curva helada que no llegó a sus ojos azules. No respondió a mi provocación. Simplemente se cruzó de brazos, esperando, cediéndome todo el peso del vacío.

—Hola, Rafael —dijo al fin. Su voz era tranquila, extrañamente cálida, y resonó en la acústica perfecta del domo.

Mi ventaja, en cada una de mis operaciones a lo largo de una década, siempre había sido la misma: la asimetría de la información. Yo siempre sé más de mi oponente de lo que él sabe de sí mismo. Es mi regla de oro. Y sin embargo, a pesar de estar en la cúspide de mi poder, ahí estaba yo, sintiéndome como un vil novato. Frente a un hombre que parecía saberlo absolutamente todo de mí, mientras yo lo ignoraba todo de él.

Cada fibra de mi instinto animal me advertía del peligro de acortar la distancia, de entrar en su radio de acción. Pero permitir que ese espacio físico se mantuviera entre nosotros era una concesión táctica, una señal de debilidad que no podía permitirme.

Mi supervivencia en esa Cúpula ya no dependía de los inhibidores de frecuencia ni de los escudos balísticos, sino de una sola cosa: que aquel hombre nunca supiera la abismal desventaja en la que me encontraba. Tenía que jugar el engaño hasta las últimas consecuencias.

—Su siervo se identificó como Gabriel —dije, obligando a mi voz a recuperar una cadencia neutra—. ¿A ti cómo debo llamarte?

Sonrió de nuevo. Fue una expresión extraña, lenta, como si se abstuviera de contestar con la ligereza que mi tono exigía. Trataba cada palabra como si fuera frágil. Y lo más insultante de todo fue darme cuenta de que lo que él consideraba frágil... era a mí.

—Señor, Rafael. Deberías llamarme Señor.

No pude evitar una sonrisa propia, afilada y cargada de sarcasmo.

—«Señor», a secas. Entendido. Por la cantidad de millones que le va a costar el alquiler de esta ventana, si quiere le llamo Dios. Me da absolutamente igual.

Su mirada se acentuó, ignorando por completo mi insolencia. Empezó a avanzar lentamente, sus ojos recorriendo la estructura de titanio y cristal que nos contenía.

—Es bastante impresionante lo que has hecho aquí, Rafael —dijo, señalando con un gesto vago la curvatura perfecta de la Cúpula—. El Propiciatorio... qué idea tan espléndida.

Con cada palabra, la distancia entre ambos se reducía. De manera consciente e inconsciente, mis ojos recorrían también la Cúpula, buscando el mecanismo

de emergencia. Esa «astilla» que mi asistente había mencionado al salir.

Cuando la distancia entre nosotros se redujo a solo un par de pasos, se detuvo. El movimiento fue tan sutil que casi no lo registré visualmente, pero el cambio en la presión atmosférica a mi alrededor fue palpable.

—Tengo muchas cosas en tu contra, Rafael —dijo. Su voz, aunque serena, cortó el aire estéril de la sala. Sus ojos no me miraron directamente a las pupilas; miraron a través de mí, como si estuvieran escaneando el código fuente de mi alma, leyendo cada falta, cada transgresión y cada cadáver que yo mismo había enterrado en la memoria—. Y es necesario que ajustemos cuentas.

Incliné la cabeza, adoptando por un segundo el papel del cordero.

—La magnitud de tu poder logístico es impresionante, «Señor». Pero yo solo soy un simple proveedor de servicios. Un facilitador. ¿En qué podría haberte afectado mi negocio?

Él sonrió, pero esta vez no había rastro de calidez en el gesto.

—En eso aciertas. Tu inferioridad es bastante notable.

No acostumbro, ni permito, que se me insulte en mi propio territorio. Mi máscara de falsa humildad cayó, y

mi sonrisa regresó, letal como una navaja.

—Caballero... a pesar de su enorme poder adquisitivo y de sus trucos informáticos, deberá entender que hoy, aquí, está en mis manos. Y aquí adentro, todos somos responsables de cada palabra que sale de nuestra boca.

—Rafael, desde que te conozco hemos tenido varias diferencias —dijo el hombre de blanco. Su voz sonaba extrañamente íntima, como la de un viejo tutor decepcionado de su alumno.

Mi mente trabajaba a una velocidad frenética, recorriendo archivos de rostros, expedientes de la inteligencia rusa, capos de cárteles extintos y magnates caídos en desgracia. No encontraba ninguna coincidencia. De pronto, una nueva posibilidad cruzó mi mente.

—Disculpe —repliqué, entornando los ojos y estudiándolo con más atención—. ¿No se estará equivocando de Rafael? Usted se ve más contemporáneo a mi abuelo.

Él asintió, con una expresión cargada de una confianza antigua.

—No, Rafael. Con él no tuve esta oportunidad.

Bueno, al parecer, la inteligencia de su organización sí llegaba hasta mi abuelo.

—De acuerdo —dije, cruzando las manos a mi espalda y adoptando una postura de negocios fría—. Proceda con la evidencia de mis supuestas ofensas.

Comenzó a caminar por la habitación, rodeando la mesa de acero. No era un paseo normal. Se movía con una fluidez que desafiaba la gravedad, casi como si danzara, adueñándose del espacio total con cada paso.

—Cuando naciste, trajiste muchas alegrías a tu casa, Rafael —dijo, y su voz se tiñó de una nostalgia que, por derecho, no le correspondía poseer—. No tienes idea de cómo te amaron tus padres.

Me tensé.

—Eras el orgullo de tu abuelo, la fuerza de tu padre y el corazón absoluto de tu mamá. Sin embargo, ese hogar roto no pudo darte más que tristezas.

Mi compostura, esa máscara de mármol que me había costado una vida entera perfeccionar, se agrietó. La información que poseía era demasiado íntima, demasiado precisa. No eran datos de un censo que se pudieran robar o interceptar; eran vivencias. Solo alguien que hubiera estado encerrado en las paredes de mi casa, un testigo silencioso de la miseria privada de mi familia, podría conocer esos detalles.

Mi evidente pérdida de control no pareció afectarle en lo más mínimo; al contrario, pareció utilizar la fisura

en mi armadura para continuar con su metódica autopsia de mi vida.

—Te embriagó la opulencia mal habida de tu abuelo. Te minó y te humilló el alcoholismo de tu padre. Y te enmudeció de rabia la enfermedad de tu mamá —hizo una pausa, sus ojos azules clavándose finalmente en los míos—. Y a los doce años, cuando ella por fin sucumbió al cáncer, los últimos vestigios de inocencia que poseías descendieron al sepulcro junto con su cuerpo.

Tragué saliva. La garganta me ardía.

—Una inteligencia voraz y un odio puro hacia la figura de tu padre. Esa fue la mezcla que quedó en ti —continuó—. Un combustible inestable que tu abuelo, en su egoísmo y astucia, no dudó en encauzar para construir este imperio.

Mi desconcierto había llegado al límite de lo soportable. La precisión quirúrgica de sus palabras descartaba un simple espionaje corporativo o una enemistad de negocios. Esto era algo infinitamente más oscuro. Comprendí que este hombre no tenía un problema con El Propiciatorio. Tenía una obsesión personal conmigo.

Y su letanía, esa disección minuciosa de mis traumas, comenzó a producir en mí un efecto contradictorio, un mecanismo de defensa primario: una parte de mí, el operador sociópata, se aburría ante el

intento de manipulación emocional; la otra, el niño huérfano, se sentía asfixiada por la invasión.

Levantó una mano. Un gesto sereno que no pedía silencio, sino que lo imponía sobre la física de la sala. Aún no había terminado.

—Y a partir de ahí, comenzó tu colección personal de fracasos morales —dijo, su voz ahora teñida de un extraño pesar que me revolvió el estómago—. Herido, te importó muy poco romper a otros. Y a pesar de que intenté buscarte en varias ocasiones a lo largo de tu vida, cada vez pusiste más distancia entre nosotros.

Y entonces, me rompí.

Una carcajada, gutural, ronca y áspera, escapó de mi garganta. Empecé a reír. Fue una risa nacida del coraje, de la ironía y de una incredulidad tan absoluta que la situación entera se había vuelto cómica. Reí hasta que las lágrimas asomaron a las comisuras de mis ojos y el eco de mi burla rebotó contra el titanio de la Cúpula.

Finalmente, el ruido cesó. Lo miré, limpiando una lágrima falsa con el reverso del pulgar.

—Claro... por qué no —dije, la voz todavía temblando por los espasmos de una risa amarga—. Déjame adivinar el truco final. ¿Eres Dios?

Se me quedó viendo en un silencio de tumba, completamente impasible. No reaccionó a mi pregunta. Ni a mi burla. Ni a mi dolor disfrazado de cinismo.

No podía creerlo. Qué valor. Pero esto no era un momento catártico ni revelador. Era, de hecho, profundamente patético.

—El Dios creador del universo. El Todopoderoso — continué, mi voz goteando un sarcasmo venenoso—. Claro, cómo no lo vi antes. Vaya la cantidad de molestias logísticas que te has tomado solo por un simple mortal como yo.

He tratado con la peor estirpe de la humanidad. Hombres tan ahogados en su propia impunidad y poder, que el delirio de la divinidad se convierte en el siguiente paso lógico de su ego fracturado. Al parecer, la receta psicológica volvía a repetirse frente a mis ojos.

—He organizado ventanas para que los seres más miserables del planeta, tipos empecinados en regocijarse en el dolor ajeno, pudieran permanecer en el poder o expandir sus reinos de terror. ¿Y ahora estás tú aquí? ¿El supuesto arquitecto del universo, con tu mensajero de traje azul y tus juegos mentales de aeropuerto? ¿Ocupado conmigo?

Solté una risa corta y seca. Una revelación amarga.

—Con razón el mundo está como está. Si eres Dios, eres un pésimo administrador.

Permaneció inmutable ante mi blasfemia. Parecía poseer una reserva infinita de paciencia y, lo que era

más aterrador, la absoluta disposición de gastarla toda en esta sala, conmigo.

—No soy quién para decirle a un anciano con delirios mesiánicos en qué gastar su fortuna. Si este teatro te entretiene, adelante —mi voz se endureció, despojándose de toda condescendencia, regresando a la frialdad del CEO—. Pero es momento de terminar el juego. Le advierto que el terreno que pisa no es uno del que se pueda salir caminando.

Estaba a punto de llevar mi mano hacia la consola oculta bajo la mesa. A punto de dar la señal táctica para terminar el teatro con una orden letal. Pero su voz me detuvo en seco.

—Ya no la recuerdas, ¿verdad?

Su pregunta no fue un grito, sino el golpe seco y preciso de un pico rompiendo una losa de mármol. De repente, la compostura sobre la que me erguía dejó de ser roca sólida. Sentí una grieta extenderse bajo mis pies, la primera fractura en un piso de hielo suspendido sobre un abismo oscuro. Mi mirada, por primera vez en toda mi vida adulta, se volvió furtiva, asustada.

—A pesar de la miseria y el dolor que los rodeaba en esa casa —continuó, su voz ahora convertida en un susurro íntimo que parecía resonar directamente dentro de mi cráneo—, cuando ella te cantaba en la

orilla de la cama y te acariciaba el cabello febril, tenías un lugar seguro donde terminar el día.

Y de repente, mientras mi visión se nublaba, la vi.

La «astilla».

No era una falla en el diseño estructural. Era una característica no documentada de la Cúpula. Una daga de combate de un compuesto cerámico indetectable, perfectamente camuflada en la comisura de uno de los paneles de titanio, mantenida en su lugar por un potente electroimán. El último recurso de un hombre paranoico. Un arma.

Lo fulminé con la mirada. Fue una orden silenciosa, desesperada, para que no avanzara un centímetro más por ese terreno sagrado y dolorosamente custodiado de mi memoria.

Él, sin embargo, no solo ignoró mi advertencia, sino que la utilizó como una invitación para hundir los dedos aún más profundo en la herida abierta. Su voz se mantuvo serena, como la de un historiador narrando un evento universal.

—Su partida —dijo, como si leyera el expediente final del universo— fue una verdadera tragedia.

—¿Una tragedia? —repetí. Mi voz se quebró, cargada de una indignación infantil que no pude reprimir—. Yo tenía doce años. Verla consumirse no fue una tragedia. Fue el fin del maldito mundo.

—No tenías por qué pasarlo solo. Yo estaba ahí, Rafael. Te sostuve mientras llorabas contra la pared — dijo. Su tono, cargado de una paternalidad abrumadora, me provocó un asco tan profundo que me mareó.

Sentí la sangre hirviendo en mis sienes. El aire de la Cúpula comenzó a faltarme y mi respiración se descompuso en jadeos cortos. No soy un hombre violento por elección propia; siempre he delegado la sangre a otros. Pero él estaba empujándome, deliberada y cruelmente, hacia el límite de mi cordura.

Fue entonces, en medio del vórtice de mi rabia, cuando mi mente analítica hizo la última conexión.

La ausencia de huellas digitales. El borrado absoluto en la matriz de SIGMA. La parálisis física de Helena. El conocimiento omnisciente de la alcoba de mi infancia. Las estadísticas imposibles.

Era él.

La comprensión me golpeó con la fuerza cinética de un tren de carga. Una certeza tan absoluta, irracional y demencial que la realidad misma pareció curvarse a mi alrededor. Mi estómago se contrajo violentamente. Me doblé sobre mis propias rodillas y vomité bilis y ácido sobre el inmaculado suelo de acero.

Tosí, limpiándome la boca con el dorso de la mano temblorosa. Y entonces, mientras luchaba por ponerme

en pie frente al Creador del universo, sentí una nueva presencia en mi mente.

No era el pulso frío, digital y lógico de mi inteligencia artificial. Era un susurro. Antiguo, seductor y oscuro, que se enroscaba en la base de mis pensamientos como una serpiente en el Jardín.

—Siempre has buscado al verdadero responsable de la muerte de tu madre —dijo la voz sin sonido. Su tono era una caricia envenenada—. Míralo. Lo tienes justo enfrente.

Cerré los ojos, pero la voz resonaba en mis huesos.

—Él sabía perfectamente que tu madre era la última ancla que te ataba a la humanidad —continuó el susurro, forjando cada palabra como un eslabón en una cadena de lógica irrefutable—. Pudo salvarla y no lo hizo. Y aun así, se presenta hoy aquí en tu fortaleza. No para pedir perdón por el daño que causó, sino para juzgarte a ti por el monstruo que él mismo diseñó.

La voz ya no parecía venir de afuera. Se había convertido en el eco de mi propio resentimiento, una verdad primigenia que mi orgullo abrazó sin oponer resistencia.

—No puedes ser Dios —susurré, mirándolo desde el suelo, en una negación que sonaba más a súplica—. Elijo, con cada fibra consciente de mi ser, creer que no existes.

Y entonces, a pesar de toda mi disciplina, en un acto de traición biológica, una sola lágrima se desprendió y rodó por mi mejilla. No pude detenerla.

—Eres un ser despiadado —siseé, poniéndome de pie, cada sílaba temblando con una furia nacida de un dolor de décadas—. Contemplas el dolor, el cáncer y la miseria desde la distancia de tu maldito trono, y solo te dignas a acercarte para emitir un veredicto de culpabilidad.

La idea de su existencia era tan monstruosa que mi propia mente se rebeló contra la cordura. Estaba en la más absoluta y aterradora negación.

Él me miró. Su voz perdió cualquier rastro de emoción o nostalgia. Ya no era la voz de un juez dictando sentencia, ni la de un padre consolando a un niño. Era la resonancia pura de una fuerza declarando una ley inamovible de la física.

—Sé que duele —dijo, sus palabras cayendo sobre mí como una losa de plomo—. A veces, mi voluntad duele.

Mi indignación estalló. Una onda expansiva de furia pura contra su calma cósmica e inquebrantable.

—¿Ni siquiera intentarás negarlo? —grité, escupiendo las palabras—. ¿No negarás tu autoría en todo mi dolor?

Él simplemente levantó ambas manos. Las palmas abiertas hacia arriba, en un gesto que no era de

rendición, sino de absoluta y total autoridad sobre el tiempo y el espacio.

—Yo soy el Soberano.

La calma casi idílica de la Cúpula, mi propia obra maestra, solo servía para envenenar más mi psicosis. Sentía un frenesí de ira en la sangre, un deseo purísimo y animal de destruir la fuente de todo mi sufrimiento.

Inconscientemente, mis pies ya se movían. Me encontré frente al panel de titanio, frente a la «astilla».

Fue entonces cuando la idea se clavó en mi mente. Una estaca de hielo en medio de mi delirio febril.

Perdí la noción de los límites de lo real, pero el eco de un viejo filósofo alemán resonó en mis oídos con una claridad brutal, hermosa y seductora: *Matar a Dios*.

Y en ese pensamiento colosal, vi la promesa de la gloria absoluta. No solo sería un acto de venganza personal. Sería un acto de emancipación suprema. Liberar a la humanidad entera de su carga más pesada, de su titiritero sádico. Y después... después yo ocuparía el trono vacante.

Arranqué la daga de cerámica del electroimán. Su peso en mi mano era el de un instrumento sagrado.

Avancé sobre él. Mi Cúpula se convertiría en un altar de sacrificio. Y sobre este acero frío, derramaría la

sangre que me haría libre de la tiranía divina para siempre.

Soy hombre. Soy fuerte. Soy invencible.

Dirigí la hoja de cerámica directamente hacia su corazón, poniendo todo el peso de mi imperio y mi odio en el impulso. No pensaba fallar. No iba a fallar.

Sin embargo, para el Soberano, el tiempo parecía moverse a otra velocidad. Le fue humillantemente fácil.

Con una fluidez que destrozaba las leyes de la biomecánica, evadió mi embestida deslizándose apenas el torso. Antes de que pudiera registrar el fallo, su mano me desarmó con un movimiento imperceptible, y el reverso de su puño impactó contra mi rostro.

No fue un golpe físico tradicional. No rompió mi mandíbula. Fue un impacto de pura energía concentrada, un trueno estallando directamente dentro de mi cráneo. Fue tan certero, tan devastadoramente preciso, que no me noqueó hacia la inconsciencia; me arrancó violentamente, separando mi consciencia de este plano existencial.

Y todo se volvió luz blanca.

Deberías de estar muerto

El descenso de mi consciencia no terminó al estrellarse contra el suelo de acero de la Cúpula. Me arrastró hacia atrás en el tiempo, a mis veinticinco años, de pie frente al féretro de mi abuelo.

Ese fue el día en que recibí el control total de todos sus negocios, incluido El Propiciatorio. El poder me extasiaba. Era un sedante perfecto, una droga de diseño inyectada directo en la vena, lo suficientemente fuerte para anestesiar el dolor que, en el fondo, no me permitía sentir.

Mi madre murió cuando yo tenía doce años, y con ella nació en mí una rabia fría, calculada y silenciosa. ¿Por qué se muere la gente buena? ¿Por qué alguien tan vital simplemente se va y te deja a solas en la oscuridad? Y luego estaba mi padre... víctima y victimario de un alcoholismo vulgar, un hombre sin propósito que apestaba a fracaso.

Mientras mi único referente de éxito y fortuna yacía rígido en esa caja de caoba, mi padre vivía una epifanía

de miseria. El desinterés de mi abuelo por criarlo, aunado a los caprichos que el dinero fácil ofrece en un pueblo chico, lo habían sumergido en una espiral de automiseración que arrastró todo a su paso. No contento con su propia ruina, arrastró a esa miseria a mi madre. Y después, tuvo el atrevimiento de traerme al mundo. Sin mi permiso. Como el evento cruel, violento y no consensuado que es nacer.

Sin embargo, nunca supe qué me dio más asco: si la vida desprovista de sentido que llevó, o su endeble y patética redención.

Cuando yo tenía diecisiete años, una crisis lo orilló a buscar una salida. El alcohol ya no era un sedante suficiente para su consciencia moribunda. Y en su miserable desesperación, se encontró con Dios. Sus intentos por corregir los errores del pasado me resultaban profundamente repulsivos. Pasó de ser un miserable borracho a un blandengue y pueril creyente.

Mi deseo siempre fue verlo como a mi abuelo: fuerte, sagaz, empoderado. Maldita sea, lo quería ver de pie, no de rodillas en el polvo, recogiendo las migajas de misericordia que un Dios tiraba al suelo, exigiendo a cambio sumisión, alabanzas y agradecimiento. Qué absoluto asco.

El ardor químico del antiséptico y el olor a amoníaco me trajeron de vuelta al presente.

Abrí los ojos de golpe, aspirando aire como un ahogado. Estaba tendido boca arriba en el suelo frío de la Cúpula. Un halo de luz blanca me cegaba. A mi alrededor, el equipo médico de emergencia me asistía con una eficiencia silenciosa. Alguien me presionaba una gasa contra el rostro.

El shock no era solo mental. Sentía una opresión aguda, insoportable, en el centro del pecho, como si el músculo de mi corazón estuviera a punto de reventar por una sobrecarga eléctrica. Un agotamiento profundo, casi celular, se había apoderado de mí, drenando hasta la última gota de mi soberbia.

Apenas recuperé el enfoque, aparté la mano del paramédico con un manotazo débil pero imperativo. Lo primero que busqué fue el estado de la sala.

La cortina balística negra estaba abajo. La luz amarilla en lo alto del domo seguía encendida.

Mi visita aún estaba ahí.

El líder de mi equipo de seguridad táctica, con el rifle automático colgando del pecho, se arrodilló a mi lado.

—Señor... ¿quiere que procedamos a sellar la jaula de titanio y neutralicemos el objetivo?

Empecé a reír. Fue una risa suave, rota, desprovista de todo aquel cinismo que me caracterizaba. Era una risa de pura y lúcida ironía.

—Soldado... —susurré, negando lentamente con la cabeza, sintiendo el suelo girar—. No creo que lo que está del otro lado de esa cortina se pueda matar. Ni atrapar.

Curiosamente, mis propias palabras, nacidas de la brutalidad humillante de los últimos minutos, sonaron casi como una confesión. Como un genuino acto de fe.

Me ayudaron a sentarme. Con la hemorragia nasal bajo control y un zumbido sordo en los oídos, di la orden de evacuar la sala. Una vez que estuve solo de nuevo, apreté el interruptor. El estruendo metálico de los motores volvió a llenar la Cúpula mientras la pesada cortina comenzaba su ascensión.

Esta vez no me puse de pie. Me quedé sentado en el suelo de acero, exhausto, sin armadura.

Al descubrirse la otra mitad de la sala, el humo de la presurización se disipó y lo vi. Mi contraparte había adoptado exactamente la misma postura. Estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, a pocos metros de distancia. Esperándome.

Ahí estaba él. Solo él.

Yo mantenía la mirada clavada en sus manos descansando sobre sus rodillas, físicamente incapaz de levantar la vista hacia su rostro. No era solo la fatiga del golpe; sentía sobre mis hombros el peso aplastante de un cansancio ancestral, como si el agotamiento moral

de cien vidas humanas se hubiera condensado en mis huesos en ese único instante.

Su calma era absoluta. Sentía su mirada fija en mí, una mezcla incomprensible de tranquilidad y fuego, ejerciendo una presión silenciosa que me resultaba insoportable.

—¿Eres Dios? —pregunté. Mi voz fue apenas un susurro rasposo, cargada con mucha más resignación que fe.

—Tú lo has dicho —contestó. Su voz vibró en las paredes de mi pecho.

Mi mirada ya no era la del depredador corporativo, ni la del rey de las sombras. Era la de un niño perdido en un bosque que, por primera vez, se había quedado sin respuestas. Sentía la frustración de mi propio poder inútil y una profunda desilusión con el mundo que creía controlar. Y, sin embargo, en medio de las ruinas de mi ego, germinaba una extraña e ilógica sensación de alivio.

—¿Entonces... has venido a juzgarme? —pregunté. Era la voz de un hombre que se sabe culpable y solo espera que la guillotina caiga de una vez por todas.

Su expresión cambió. La inmensidad cósmica de su rostro se disolvió, dando paso a una compasión tan insondable y pura que me desarmó por completo.

—No, Rafael. Tú ya has sido juzgado —respondió, con una suavidad que me dolió físicamente—. Estoy aquí para ofrecerte salvación.

Quería sentir coraje. Debía sentirlo. Era el combustible que siempre me había movido. Pero mi corazón estaba drenado; era un pozo seco.

—¿Por qué?

La pregunta se me quebró en la garganta. Fue un sonido tan frágil que no lo reconocí como mío.

El dolor en mi pecho se intensificó, ya no como un ataque cardíaco, sino como un millar de agujas candentes clavándose en mi alma. Algo en mi interior, una presión tóxica acumulada durante décadas, reclamaba violentamente ser liberada.

Y no pude contenerlo más.

Rompí en llanto. Un llanto miserable, agónico, infantil y lastimoso que convulsionó cada músculo de mi cuerpo. Me abracé a mis propias rodillas, temblando. Pero con cada sollozo, con cada lágrima que quemaba mis mejillas, sentí que no solo se iba el dolor; algo oscuro, negro y espeso que había cargado por años estaba siendo drenado de mi interior. Era un veneno abandonando por fin mi torrente sanguíneo.

Me costó todo lo que era —y todo lo que creía ser— mitigar aquel diluvio. Cuando al fin logré calmarme, mi mirada, purificada por la sal y la humillación, se alzó

hacia él. Buscaba en el rostro de aquel ser la confirmación del absurdo que decía encarnar.

—¿Y tú qué vas a pedir a cambio, Rafael? —dijo él, sondeando las profundidades de mis pupilas—. La última vez que estuve así, frente a la incredulidad y la violencia del hombre, la petición fue que bajara de la madera y me salvara a mí mismo. ¿Cuál será tu petición blasfema?

Apoyando las manos en el suelo, logré ponerme en pie. Mis piernas aún temblaban. Él no se movió; simplemente volvió a extender sus manos abiertas, las palmas hacia arriba, en el mismo gesto de invitación pacífica que había usado antes. Era un desafío silencioso a mi libre albedrío.

Con un movimiento casual, deslizó por el suelo la daga de cerámica que me había arrebatado. El arma resonó con un clic seco al detenerse junto a la punta de mi zapato.

—¿Lo volverás a intentar? —preguntó. No había rastro de burla o amenaza en su voz, sino una curiosidad genuina.

Al ver sus brazos extendidos, la conexión fue instantánea, brutal y aterradora en mi mente. La crucifixión. El pensamiento, demencial y sacrílego, de que el hombre que estaba sentado en mi Cúpula era el

mismo ente al que los soldados romanos habían clavado en una cruz hacía dos milenios.

Su voz cortó mi reflexión, directa y sin adornos, como si corrigiera un simple error de sintaxis en un reporte.

—No fueron los romanos, Rafael —dijo, y la tristeza en sus ojos pareció oscurecer la sala—. Yo me entregué. Fue por ti.

»Así es como demostré mi amor: entregando mi propia sangre. Y así es como estuve a tu lado durante la larga agonía de tu madre.

Levantó un poco más sus manos. A la luz blanca de la Cúpula, vi que las cicatrices horadadas en sus palmas, antiguas y terribles, parecían oscurecerse.

—Y con estas mismas manos sangrantes —dijo, su voz quebrando el silencio de mi alma—, te demostré que tu dolor, Rafael, era mi dolor.

Su mirada me sostuvo. Era un ancla en medio de la tempestad de mi cordura.

—Aquí estoy ahora. Y aquí seguiré.

Se puso en pie. Su sombra se proyectó sobre mí, inmensa, la de un gigante insuperable ante mi frágil humanidad. Sentí el esplendor absoluto de su grandeza y, en un impulso de total y primitiva rendición, deseé

ser aplastado por el peso de su gloria. Quería dejar de existir frente a tanta pureza.

Estaba frente al Autor y Consumador de la vida misma.

—¡Destruyeme! ¡Mátame! ¡Aniquíleme! —exigí a gritos, ofreciendo la única moneda de cambio que me quedaba: mi propio castigo.

—Tu vida no es suficiente para pagar la deuda —respondió. Su voz fue tranquila, pero devastadora.

—¿ENTONCES QUÉ QUIERES?! —bramé, desgarrándome la garganta por la desesperación de no poder comprar mi absolución.

Su voz resonó en la Cúpula. No fue un grito, sino un mandato universal que sacudió los cimientos del planeta.

—¡Ríndete, Rafael! ¡Ríndete!

La rabia y el llanto me ahogaban. El dolor en mi pecho era una herida abierta sangrando a borbotones. Me sentía moribundo. Finalmente, mis piernas cedieron por completo y caí pesadamente de rodillas. No fue un acto de convicción piadosa; fue de puro y absoluto agotamiento. Nunca en mi existencia me había sentido tan infinitamente minúsculo.

Él se acercó un paso más.

Lo único que aún me pertenecía, el último átomo de mi orgullo que yo controlaba, era mi mirada. La mantuve fija en sus ojos azules, levantando la barbilla como un último bastión de rebeldía, aunque sostenerle la mirada me quemaba las retinas.

—Te amo.

La palabra, un susurro que desafiaba toda lógica, me golpeó con el peso de mil galaxias.

—No... —contesté, mi voz reducida a un gruñido ahogado de pánico—. ¡Cállate!

Pero él no se detuvo. Su voz se mantuvo firme, una declaración inquebrantable que buscaba perforar el muro de titanio de mi negación.

—Te amo, Rafael. Eres mi creación, y me importas.

—¡NO! —el grito se desgarró desde mis entrañas, un alarido animal contra una verdad que me aterraba aceptar, porque aceptarla significaba que yo había estado equivocado toda mi vida—. ¡No lo acepto!

»No es cierto... —las palabras apenas salían, ahogadas por la saliva y el llanto—. Tú... tú me odias. Tienes que odiarme.

Levanté la mirada, inyectada de un rencor desesperado que era mi último refugio seguro. Si él me odiaba, el mundo que yo había construido tenía

sentido. Si él me odiaba, mis crímenes estaban justificados.

—¡Tú tienes que odiarme! —exigí, golpeando el acero del suelo con el puño.

Pero su mirada seguía doblegándose. Cada segundo bajo la luz de su misericordia era una agonía para mi orgullo.

—No quiero... —berreé, perdiendo toda compostura, sacudiendo la cabeza como un niño aterrorizado—. ¡No quiero!

Su voz entonces dejó de ser lenguaje humano. No habló; resonó. No en mis oídos, sino en la esencia misma de los átomos que componían la realidad.

—¡Yo soy el Alfa y la Omega! ¡Yo soy el Soberano! ¡Yo soy quien decido ser!

Y ante su mandato, la Cúpula, la isla, el mundo entero... todo se doblegó. Las leyes de la física se rindieron. El tiempo se detuvo de golpe, el espacio físico se contrajo, y quedamos suspendidos en un vacío sin color ni sonido.

Y en esa nada absoluta, me miró, con una ternura que partía los huesos.

—Tú me perteneces, Rafael.

Acercó su mano hacia mi rostro. A pesar de mi resistencia instintiva, de la violación a mis defensas, no

pude apartarme. Vi la cicatriz profunda en el centro de su palma, y un segundo después, la sentí posarse sobre mi frente.

Su toque no fue físico. Fue una descarga. Un torrente eléctrico de luz pura que inundó el laberinto oscuro de mi mente.

Y entonces, lo vi.

Lo vi al lado de la cama de hospital de mi madre, sosteniendo su mano marchita cuando ella exhaló por última vez, dándole la paz que yo no pude darle.

Lo vi sentado en el borde de mi cama, velando mi sueño en las madrugadas en que mi padre llegaba alcoholizado y rompía los muebles.

Lo vi, triste y majestuoso, a un lado del ataúd de mi abuelo, compadeciéndose de un hombre que lo tuvo todo y murió vacío.

Y después, vi un recuerdo que no me pertenecía. Un recuerdo injertado en mi alma. Vi a mi padre. Anciano, tembloroso, sobrio y solo, arrodillado en el piso de tierra de una iglesia vacía, llorando amargamente. Orando. Suplicando por mí.

Y entonces... el colapso ocurrió.

El último y monumental dique de mi orgullo estalló en mil pedazos. Drené lo último que quedaba de mi antiguo yo. Terminé de vomitar el veneno negro que

había infectado mi vida entera. El odio ciego, la maldita autosuficiencia, el resentimiento crónico... todo salió en una última y dolorosa arcada espiritual.

Quedé ahí, de rodillas en el vacío, vacío por dentro. Una cáscara inerte.

Pero su mano se extendió hacia mí y me levantó sin esfuerzo alguno. Al ponerme en pie, me sentí etéreo, ingrátido, como si la carne de mi cuerpo ya no tuviera masa. Como si la gravedad hubiera dejado de reclamarme.

Quizás ya estoy muerto, pensé, rodeado de aquella luz infinita.

Como si volviera a leer mi mente, él sonrió con una paz insuperable y dijo:

—Has visto a Dios cara a cara, Rafael. Deberías estar muerto.

Yo soy el propiciatorio

—Entonces... ¿estoy vivo o muerto?

Miré a mi alrededor. Ya no estábamos en la Cúpula. No había titanio, ni monitores, ni la espesa humedad de Isla Sombra. Todo era blanco. Pero no era el blanco de una pared recién pintada; era una ausencia total de variables. Un vacío cegador, absoluto, que no tenía principio ni fin, ni arriba ni abajo. No había temperatura, ni eco, ni sombras. Solo estábamos él y yo, suspendidos en la nada.

—Así que morí, entonces —afirmé. Y, extrañamente, sentí una punzada de alivio. La presión constante de mantener mi imperio había desaparecido. Sonreí con una rendición genuina—. ¿Qué sigue ahora?

Él me devolvió la sonrisa. Su expresión era tan enigmática y vasta como el vacío que nos rodeaba.

—¿Tú qué crees, Rafael?

Mi mente, entrenada durante toda una vida para el control y el análisis, intentó por puro instinto establecer una cronología. Busqué el último recuerdo físico, el

instante preciso en que mi corazón dejó de latir o en que dejé de respirar tras el impacto. No lo encontré. No había una línea divisoria clara entre mi existencia en la Tierra y este lugar.

—¿Desde cuándo? —pregunté, mi voz sonando hueca, desprovista de la acústica del mundo material.

Él ensanchó su sonrisa, con una expresión casi divertida ante mi terca necesidad de encontrarle lógica a lo divino.

—Pudo haber sido cuando te golpeé en la Cúpula —comenzó a enumerar, su tono casual y desarmante—. O quizás antes, durante el descenso en aquel sumergible hacia la isla, cuando creías tener el control absoluto. A lo mejor fue en Nueva York, la noche en que te visitó Gabriel...

Hizo una pausa, y su mirada azul brilló con una picardía que me descolocó por completo.

—Dime, Rafael... ¿Los ángeles beben whisky?

Me quedé helado. Estaba jugando conmigo. Estaba usando mi propia paranoia, cada secreto logístico, cada recuerdo y cada movimiento de mis piezas, como simples anécdotas en su propio tablero de ajedrez cósmico.

De pronto, su sonrisa juguetona se desvaneció. Su mirada adquirió una gravedad infinita, antigua y aplastante. Ya no estaba jugando. Estaba a punto de

entregarme la pieza final del rompecabezas, la única verdad que realmente importaba y que yo había sido demasiado ciego para ver.

—La verdad más lastimosa, Rafael... —dijo, y su voz resonó no en el vacío, sino en el centro mismo de mi consciencia—, es que, en realidad, hasta el día de hoy, tú no habías estado vivo. Llevabas décadas siendo un cadáver elegante. Estabas muerto en tus delitos y en tus pecados.

El peso de la sentencia me hundió. Todo mi imperio, mi arrogancia, mis victorias corporativas... no eran más que los espasmos de un hombre ahogado en el fondo de un océano de soberbia.

—Pero yo no soy hombre, Rafael, para que mienta, ni hijo de hombre para que me arrepienta de mis promesas.

Y con esa declaración final, el blanco cegador a nuestro alrededor comenzó a fracturarse. Como un amanecer reproduciéndose a la inversa, los colores, los sonidos y las texturas del mundo material regresaron de golpe.

Sentí el peso de la gravedad tirando de mis huesos. El olor a ozono y salitre inundó mis pulmones. El zumbido eléctrico de los generadores llenó mis oídos. En un parpadeo, me encontré de nuevo sentado en el frío suelo de acero de la Cúpula, con la cruda realidad

asentándose pesadamente a mi alrededor. Mi respiración era agitada; mi corazón volvía a latir en mi pecho.

Estaba vivo. Realmente vivo, por primera vez.

Él seguía allí, de pie frente a mí, inmaculado en su traje de lino blanco.

—Te prometí que, mientras estuviéramos dentro de este espacio, estarías a salvo de mi ira —dijo, su voz devolviéndome al momento presente.

Hizo una pausa. Con paso lento, comenzó a caminar por el interior de la sala de titanio, deslizando una mano sobre la pesada cortina balística, recorriendo mi Cúpula con una expresión de profunda familiaridad.

—Y es curioso, Rafael, porque fue precisamente esto... tu intento desesperado por replicar este principio sagrado... lo que me atrajo hacia ti. Construiste una imitación perfecta en su concepto, una maravilla de la paranoia humana. Pero la verdadera magnitud de lo que es el Propiciatorio, es un misterio que tu intelecto apenas comienza a rozar.

Se detuvo frente a mí y me miró con la intensidad de un arquitecto revelando los planos maestros del universo.

—Esa caja de madera de acacia forrada de oro, la cual aún custodio celosamente para que no vuelva a las manos destructivas del hombre, no era un simple cofre.

Era una bóveda de evidencias. Contenía tres cosas en su interior.

Levantó un dedo.

—Contenía las tablas de piedra. El registro de una ley perfecta que ustedes, en su naturaleza rota, jamás pudieron ni quisieron obedecer.

Levantó un segundo dedo.

—Contenía una urna con maná. La prueba física y el recuerdo de un sustento celestial que ustedes desagradecieron y despreciaron en el desierto.

Levantó un tercer dedo.

—Y contenía la vara de Aarón que reverdeció. La autoridad que tuvo que intervenir para sanarlos en medio de su constante rebelión contra mi diseño.

Bajó la mano. Su mirada se ensombreció con un dolor solemne.

—Esos tres elementos eran la evidencia irrefutable de un juicio que ustedes jamás podrían ganar. Eran un recordatorio constante, justo frente a mis ojos, de quiénes eran y de quiénes son: tercos, testarudos y culpables.

El silencio en la Cúpula se volvió denso. Como negociador, yo entendía perfectamente la metáfora. Era un expediente penal irrefutable. Motivo suficiente para la aniquilación total de la contraparte.

—Sin embargo... —continuó, y la luz pareció volver a su rostro—, no dejé esa caja destapada para que la evidencia de su pecado provocara mi justa ira y los consumiera. Al contrario, Rafael. Diseñé una tapa. La sellé.

Dio un paso hacia mí, su voz bajando a un tono casi confidencial, explicándome la mecánica del rescate cósmico.

—Y sobre esa tapa, el Propiciatorio, establecí una regla. Una vez al año, el sumo sacerdote debía elegir un cordero perfecto, sin mancha, y rociar su sangre inocente sobre ese oro. Esa sangre cubría las faltas del pueblo, interponiéndose entre la evidencia de su culpa y el fuego de mi justicia. Un espacio de tregua absoluta. Para que mi ira, al ver la sangre, pasara de largo y no los destruyera.

Asentí lentamente. Mi Cúpula era exactamente eso: un ecosistema diseñado para suspender la destrucción, para obligar a una tregua cuando las faltas de ambas partes exigían la guerra. Yo había diseñado una cámara de aislamiento; Él había diseñado un puente de supervivencia.

—Sin embargo, Rafael, esa tapa forjada en el desierto solo era una sombra —dijo el Soberano, su voz elevándose, llenando cada centímetro de la sala con una autoridad absoluta—. Era una maqueta. Una imitación

temporal e imperfecta de la verdadera arquitectura que Moisés vio en el cielo.

Se detuvo a un metro de mí. El aire crujió con electricidad estática.

—Al igual que esta Cúpula tuya, aquel cofre era necesario para su tiempo, pero, en última instancia, insuficiente para el peso de la eternidad. Yo les prometí un pacto mejor. Una tregua que no caducara. Una ventana que no pudiera ser astillada por el ego del hombre.

Hizo una pausa final. Sus ojos azules encontraron los míos, penetrando hasta la última capa de mi alma reconstruida, entregándome la llave maestra de todo el misterio de mi vida, de mi imperio y del universo entero.

—La sangre de corderos ya no era suficiente para cubrir las faltas de hombres como tú, Rafael. Se requería mi propia sangre.

Se inclinó ligeramente hacia mí, y la inmensidad del cosmos pareció condensarse en sus siguientes palabras:

—Yo soy la tapa. Yo soy el Propiciatorio.

Nueva Creatura

El mundo recuperó su color, su aroma a salitre y ozono, su ritmo mecánico. Las leyes de la física volvieron a reclamar su espacio dentro de la habitación. Todo regresó a la estricta normalidad.

Todo, excepto yo.

El Rafael Santos que había entrado en la Cúpula hacía unos instantes ya no existía; había sido aniquilado por la epifanía. Me sentía mareado, desorientado, con lagunas inexplicables en mi propia memoria. La regresión psicológica a mi infancia y la exposición a una luz tan pura habían sido tan violentas que la plasticidad de mi mente luchaba desesperadamente por reconstruir la frontera entre lo real y lo divino.

Él, sin embargo, seguía siendo él. Inalterado. De pie frente a mí, inmaculado y absoluto.

Poco a poco, sentí que la fuerza física regresaba a mis músculos. Era una sensación extraña, casi ajena; me sentía literalmente nuevo, respirando un aire que

por primera vez no me asfixiaba. Estaba profundamente agradecido y, a la par, aterrorizado. Habiendo perdido el control de todo, no tenía idea de dónde estaba parado.

Y de nuevo, descubrí que mis pensamientos ya no eran privados.

—Sobre la roca, Rafael —dijo su voz. Pero esta vez no resonó en la acústica de la sala, sino directamente en el centro de mi mente—. No te confundas. Por primera vez en tu vida, estás pisando suelo firme.

Miré a mi alrededor. La Cúpula, mi obra maestra de titanio y paranoia, de repente me pareció un lugar hostil, ajeno, casi repulsivo. Un monumento al ego de un hombre muerto.

No tenía idea de cuánto tiempo había transcurrido, ni de cómo se habría registrado esta epifanía en los monitores del campamento exterior. Y entonces, como si una represa se rompiera, el mundo digital regresó de golpe. La telemetría, los escáneres perimetrales, el pulso frío y binario de SIGMA... todo inundó mi corteza cerebral a la vez.

En medio de ese torrente de datos tácticos y sensaciones humanas, lo busqué de nuevo con la mirada. Abrí las manos, mostrando las palmas vacías en un gesto de interrogación mudo. La rendición de un general frente a su nuevo soberano.

—Y ahora... ¿qué sigue?

Él sonrió. Ya no era la sonrisa enigmática o cósmica de antes, sino una sonrisa puramente paternal, cargada de una calidez tan humana que me ancló de nuevo a la realidad.

—Ahora, a seguir, Rafael —dijo con suavidad—. Un día a la vez. Haciendo exactamente lo que estás haciendo en este preciso instante: confiar.

—¿Y qué hago con todo esto? —pregunté, trazando un círculo en el aire con el dedo índice, un gesto que abarcaba la Cúpula, Isla Sombra, Bedrock Holdings, mi imperio, mi vida. Todo.

Él me observó, y en la profundidad de su mirada, supe que Él ya conocía la respuesta que yo apenas comenzaba a formular en mi mente.

Sonreí. Fue una expresión que se sintió extraña en mis propios músculos faciales. Había disfrutado de los lujos de esta vida, sí, pero también la había sufrido inmensamente bajo el peso de mi propia soberbia. Hacía apenas unos instantes, creía estar muerto; ahora, por primera vez, me sentía verdaderamente vivo tras haber chocado de frente contra el Autor de la vida.

Y con esa nueva vida, llegó una claridad matemática. El hombre conocido como «Rafael Santos», la leyenda de El Propiciatorio, toda la inmensa estructura de poder, sangre y orgullo que había

construido en las sombras... todo eso pertenecía al hombre que acababa de morir en ese piso de acero. No podía ser reformado. No podía ser blanqueado. Debía ser borrado.

Mi primer acto de fe no sería construir, sino aniquilar. Y para eso, yo solo conocía un camino. Al parecer, el Protocolo Sombra sería activado después de todo, pero no por miedo a perder, sino por el deseo absoluto de soltar.

—Ponlo a mi servicio.

Su voz interrumpió mi meditación, atrayéndome de vuelta a la luz de sus ojos azules.

—Lo que piensas hacer es una opción válida, Rafael —continuó, leyendo el Protocolo Sombra directamente de mis intenciones—. Pero debo confesarte algo.

Hizo un ademán con las manos, un gesto solemne que no abarcaba solo mi imperio corporativo, sino el mundo entero más allá de las paredes de la Cúpula.

—A esto no le queda mucho tiempo. Si optas por incinerarlo todo y desaparecer, será una jugada segura, y te doy mi palabra de que estaré a tu lado, paso a paso, en tu nueva vida. Pero tengo otra oferta para ti.

Lo miré, mi mente analítica ofuscada por la propuesta. La sensación era la de un bombero que, tras haber sobrevivido a un infierno de mil grados, le ofrecen un boleto de regreso al centro de las llamas.

Mi negación se cristalizó en una sola pregunta, la única que mi agotamiento cognitivo me permitió formular.

—¿Y tú para qué quieres... todo esto? ¿Para qué quieres un imperio manchado de sangre?

Su mirada se perdió por un instante, desenfocándose, como si viera a través de los paneles de titanio, atravesando el océano, mirando directamente hacia los engranajes del futuro.

—Dentro de un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo... —dijo, y su voz adoptó el ritmo grave y estruendoso de una antigua profecía—, de esta misma isla partirá una expedición. Tendrá una misión de una importancia que tu mente aún no puede comprender.

Volvió a fijar su mirada en mí. El Soberano estaba reclutando a su general.

—Y para esa hora, Rafael, un hombre con tus dones, con tu intelecto y tu capacidad letal para orquestar lo imposible... me sería invaluable.

El silencio que siguió fue el más pesado de mi vida. Estaba pidiéndome que conservara el monstruo que había creado, pero que le entregara las riendas.

—El hombre que está parado delante de ti tendrá que aprender desde cero cómo honrar esta promesa —dije, mi voz firme, desprovista por completo de la arrogancia de antaño—. Pero desde este exacto

momento, todo lo que tengo y todo lo que soy, te pertenece. Las llaves son tuyas.

Su sonrisa demostró una satisfacción plena, la alegría de un padre que recupera a un hijo perdido.

—Es poco probable, Rafael, que en este plano físico volvamos a interactuar de este modo —advirtió, y su tono adquirió un matiz de despedida.

Un pánico infantil, agudo y punzante, se apoderó de mí. Había pasado toda mi vida solo, y ahora que por fin lo había encontrado, se iba.

—Pero... ¿cómo podré consultarte? —pregunté, y me odié al escuchar que mi voz sonaba como la de un niño aterrorizado al que están abandonando en la oscuridad.

—Más y más, iré dejando gente en tu camino para guiarte. Mis huellas estarán en todas partes. Y siempre, en cualquier instante, podrás acceder a mí —dijo.

Lentamente, levantó sus manos con las cicatrices horadadas y las juntó frente a su pecho, en el gesto universal de la oración.

—Pero sobre todo, Rafael... creo que hay alguien que estará muy, muy ansioso por enseñarte todo lo que sabe acerca de mí.

La imagen de mi padre —el hombre al que yo había despreciado por arrodillarse, el hombre que había estado llorando y suplicando por mi alma en el piso de

tierra de una iglesia vacía— cruzó mi mente como un relámpago. La redención, en su forma más pura y poética, acababa de cerrar el círculo.

Dudé por un último y largo segundo, intentando grabar cada facción de su rostro en mi memoria.

Y entonces, de la misma forma inexplicable en que todo había comenzado —desafiando toda ley de la física, la termodinámica y la razón humana—, terminó.

El mundo a mi alrededor pareció parpadear. El aire crujío. Por un microsegundo, todo fue consumido por una luz blanca, cálida y absoluta que me obligó a cerrar los ojos.

Cuando los abrí al instante siguiente, el humo de la presurización terminaba de disiparse sobre el suelo de acero.

Estaba solo. Completamente solo, de pie en el silencio sagrado de la Cúpula del Propiciatorio. Y, por primera vez en mi vida, no tuve miedo.

A mi bendito padre

Recomponer mi rostro, forzar a mis músculos para moldear la máscara de titanio, cinismo y control absoluto a la que mis hombres estaban acostumbrados, fue el acto de contorsionismo más doloroso de mi vida.

Cuando la escotilla de la Cúpula se abrió y el aire húmedo del Caribe me golpeó el rostro, ignoré las miradas interrogantes de mi guardia de élite. No perdí el tiempo en preguntar qué habían registrado los monitores térmicos, ni ofrecí explicación alguna sobre cómo mi prisionero, el hombre que amenazaba mi imperio, se había evaporado simplemente en el aire, burlando la jaula de Faraday y las placas de titanio.

Solo di una orden: que el equipo médico me revisara de inmediato. Y en cuanto el cardiólogo confirmó, temblando, que estaba ileso y que mi corazón latía con una normalidad casi insultante, salí del perímetro de la Cúpula. No caminaba con la prisa errática de un hombre que huye, sino con la urgencia solemne de alguien que necesita desesperadamente estar a solas

para sostener el peso de una nueva y abrumadora realidad.

Ya en la soledad de mi bungalow, me di cuenta de algo fundamental. En medio de la epifanía, de la luz blanca y de mi propia muerte y resurrección, había olvidado por completo a SIGMA. Un silencio digital que horas antes me habría provocado un ataque de pánico paranoico, ahora se sentía... diminuto. Intrascendente. No sabía si seguía operativa o si la presencia del Soberano había freído sus circuitos.

—SIGMA, reporte de estado —ordené. Mi voz fue un murmullo ronco en el silencio del campamento.

Su respuesta fue instantánea, nítida y brutalmente desprovista de toda la divinidad que yo solía atribuirle. Ahora solo era una máquina.

[SIGNOS VITALES, ESTABLES. NO SE DETECTAN INTERFERENCIAS EXTERNAS. TODOS LOS SISTEMAS BÁSICOS Y TÁCTICOS ESTÁN OPERATIVOS, SEÑOR.]

—SIGMA, prepárame una extracción de la isla. Abandona los protocolos de señuelos. Contacta a Helena y que me envíe las coordenadas exactas de... Ricardo Santos. Vamos a reunirnos con el viejo.

La maquinaria de guerra del Propiciatorio comenzó a moverse, ciega al hecho de que su creador había

desertado. Recibí las instrucciones de Helena a través del implante. El plan logístico era impecable, como siempre: lanchas rápidas me sacarían de la isla hacia aguas internacionales, donde un yate con helipuerto me permitiría dar la zancada aérea hacia el continente sin pasar por aduanas.

[COORDENADAS PARA RICARDO SANTOS: SAN ANDRÉS TUXTLA, VERACRUZ. TIEMPO DE LLEGADA ESTIMADO EN HELICÓPTERO DESDE EL PUNTO DE EXTRACCIÓN: 2 HORAS, 15 MINUTOS.]

El vuelo sobre el Golfo de México fue un trance. Observaba las nubes y el mar infinito, sintiendo que miraba el mundo por primera vez, con los ojos recién abiertos. Al adentrarnos en Veracruz, la selva espesa y el verde vibrante de Los Tuxtlas reemplazaron el azul del océano.

Le pedí al piloto que no aterrizara en los terrenos de la propiedad. Le ordené descender en un claro a varios kilómetros de distancia. Quería hacer el último tramo del viaje a pie. La propiedad de mi padre era una vieja hacienda tabacalera que había pertenecido a mi abuelo, la única herencia que decidió no liquidar y conservar para su retiro.

El calor húmedo del trópico me abrazó en cuanto bajé del helicóptero. Caminé por la carretera vecinal, dejando que el sol me quemara la piel, sintiendo la tierra bajo las suelas de mis zapatos de diseñador. En un pequeño establecimiento del pueblo, una miscelánea de paredes de estuco despintado, entré y adquirí una botella de ron Appleton Estate, su favorito.

Era un primer gesto de paz. Una ofrenda.

Al salir de la tienda, hice algo que el Rafael de ayer habría considerado un suicidio táctico: desactivé el GPS de mi implante y silencié a SIGMA. Decidí guiarme por las indicaciones de los lugareños. Fue un impulso visceral, completamente ajeno a mi naturaleza metódica. Mi primer paso de fe a ciegas.

Fue interesante notar que todos en el pueblo ubicaban perfectamente al «viejo Santos». Pero lo verdaderamente extraño, lo que me erizó la piel, fue que conforme me acercaba a los linderos de la hacienda, las miradas de la gente dejaban de ser curiosas para volverse... conocedoras. Cómplices.

Era como si mi presencia no fuera una novedad, sino el cumplimiento de una historia que llevaban años escuchando. Como si mi padre se hubiera pasado las últimas mil tardes vaticinando que este día, su hijo regresaría caminando por ese mismo sendero de tierra.

Cuando mis pies tocaron la vereda empedrada que conducía al jardín principal de la hacienda, el olor a cedro recién cortado inundó el aire.

Y entonces, lo vislumbé.

Los años le habían caído encima, sí. El cabello negro se había vuelto plata y sus hombros habían perdido la amplitud de la juventud. Pero el tiempo había esculpido en él una gracia, una serenidad luminosa de la que yo, con todos mis millones, me había privado deliberadamente toda mi maldita vida.

Se encontraba bajo el tejado del zaguán, en lo que parecía ser un pequeño taller de carpintería improvisado. Pasaba una lija sobre un bloque de madera, inmerso en su labor. Un carpintero. Sonreí ante la apabullante y hermosa ironía del universo.

Y entonces, en medio del ruido áspero de sus herramientas, se detuvo en seco.

No había crujido ninguna rama bajo mi pie. Yo no había emitido sonido alguno. Pero él simplemente paró de lijar. Bajó los brazos, como si el viento mismo le hubiera susurrado al oído que era menester detenerse en ese preciso instante de la eternidad.

Lentamente, se giró y levantó la mirada.

Vi sus ojos cafés, enmarcados por cejas pobladas de canas y por las arrugas de un hombre que ha muerto y nacido dos veces. Su mirada chocó contra la mía. Fue

profunda, penetrante; había en ella un abismo de dolor redimido y un amor insoportable a partes iguales. Su asombro fue el de quien ve a un fantasma caminar hacia la luz y, en cierto modo, lo era. Hacía más de una década que no compartíamos el mismo oxígeno.

La lija cayó de sus manos. Un grito ahogado, desgarrador y puro, escapó de sus labios, cargado con todo el peso de mi nombre.

—¡Rafael!

Salió corriendo a mi encuentro, tropezando con sus propios pies, ignorando sus rodillas cansadas.

Yo me quedé petrificado. Escuchar mi nombre pronunciado por su voz, envuelto en esa devoción irracional después de tanto tiempo, me quebró por dentro. ¿Cómo? ¿Cómo pude ser tan ciego? ¿Cómo pude haberme privado de esta cercanía, de este amor, durante todos estos estúpidos años de aislamiento en la cima del mundo?

En cuanto me alcanzó, se echó a mi cuello.

Me abrazó con la fuerza desesperada de una década de ausencia. Fue un abrazo tan apretado, tan visceral, que sentí físicamente cómo sus brazos unían los fragmentos dispersos de mi alma rota. El olor a aserrín, a ron viejo y a padre me inundó los sentidos. Sus lágrimas no tardaron en humedecer el lino de mi camisa. Yo permanecí inmóvil por un segundo, hasta

que mis propios brazos respondieron, rodeando su espalda, aferrándome a él como un náufrago. Drené mis propias lágrimas en silencio, llorando contra su hombro.

Cuando por fin pudo recobrar un poco la compostura, me tomó de los brazos con ambas manos, apartándome solo lo suficiente para poder verme a los ojos, como si temiera que yo fuera un espejismo.

—Rafael... mi muchacho, eres tú... —dijo, su voz cascada por el llanto, temblando de incredulidad y alegría abrumadora—. ¡No puedo creerlo! Lo sabía... Él me lo prometió. Me dijo que te traería de vuelta.

Tragué el nudo que me estrangulaba la garganta.

—Te vi... —dije, mi voz apenas un hilo, recordando la visión que la mano horadada había depositado en mi frente—. Yo estuve ahí, papá. Te vi de rodillas en la iglesia. Te vi llorando... orando por mí.

Mi padre asintió enérgicamente, apretando mis brazos, con los ojos rebosantes de lágrimas frescas que se negaba a limpiar.

—Así es, hijo. Llevo diez años de rodillas, pidiendo cada bendita madrugada por este día.

Negué lentamente con la cabeza, esbozando una media sonrisa incrédula, aún maravillado por el cataclismo que su fe había desatado sobre mi imperio de las sombras.

—No tienes idea de lo que has provocado, viejo —susurré.

Mi padre sonrió. Fue una expresión de profundo, sereno y absoluto entendimiento.

—Sí, lo sé —dijo, mirando al cielo por un instante antes de volver a mí—. Él puede ser... bastante intenso cuando se trata de rescatar a los suyos.

Ambos reímos. Una risa franca, sonora y cristalina que liberó las cadenas de una vida entera de resentimiento y tensión.

Con la mano izquierda, levanté la botella de Appleton Estate que había traído desde el pueblo.

—¿Me invitas a pasar?

Vi la sombra de la duda cruzar por su rostro durante una fracción de segundo. La batalla antigua y ganada contra el alcoholismo encendió una alarma en sus ojos, y la negativa estuvo a punto de formarse en sus labios.

Pero luego, miró al hijo que creía perdido para siempre. Miró al milagro de carne y hueso que estaba de pie en su jardín. Y asintió.

Una copa. Solo una. Una comunión para celebrar la resurrección. Se lo podía permitir.

Después de todo, el hijo pródigo había estado muerto, frío y enterrado bajo montañas de oro. Y ahora, por fin, estaba vivo.



THRILLER GEOPOLÍTICO & FICCIÓN TEOLÓGICA

«EL VERDADERO PODER NO RESIDE EN SER EL REY DEL
TABLERO,
SINO EN SER EL DUEÑO DE LA MESA.»

Durante doscientas operaciones secretas en los cinco continentes, **Rafael Santos** ha perfeccionado el servicio más exclusivo y letal del planeta: **El Propiciatorio**. A través de logística militar, arquitectura balística y la inteligencia artificial **SIGMA** incrustada en su propia corteza cerebral, Rafael fabrica «ventanas» de neutralidad absoluta donde emires, magnates y señores de la guerra pueden negociar cara a cara sin matarse.

Para él, la paz no es una virtud: es una mercancía cobrada a precio de oro.

Pero tras cerrar su operación número 201 en las arenas de Riad, una anomalía imposible vulnera su invisibilidad. Un emisario sin huella biométrica ni registro estadístico apaga su sistema nervioso en pleno corazón de su fortaleza para entregarle una citación que no puede rechazar.

*Un cliente con una paciencia milenaria exige sentarse a la mesa.
Y esta vez, el hombre al que ha venido a reclamar... es al propio Rafael.*



LA
LEGIÓN
OCULTA

LA LEGIÓN OCULTA
SELLO EDITORIAL - COLECCIÓN ARCHIVO VOL. 01
© 2026 Rufino Santa Rosa - Primera Edición Digital Revisada

REGISTRO CRIPTOGRÁFICO OTS - BITCOIN



CAT. LLO-2026-V201 SHA256 60252021054E379C

